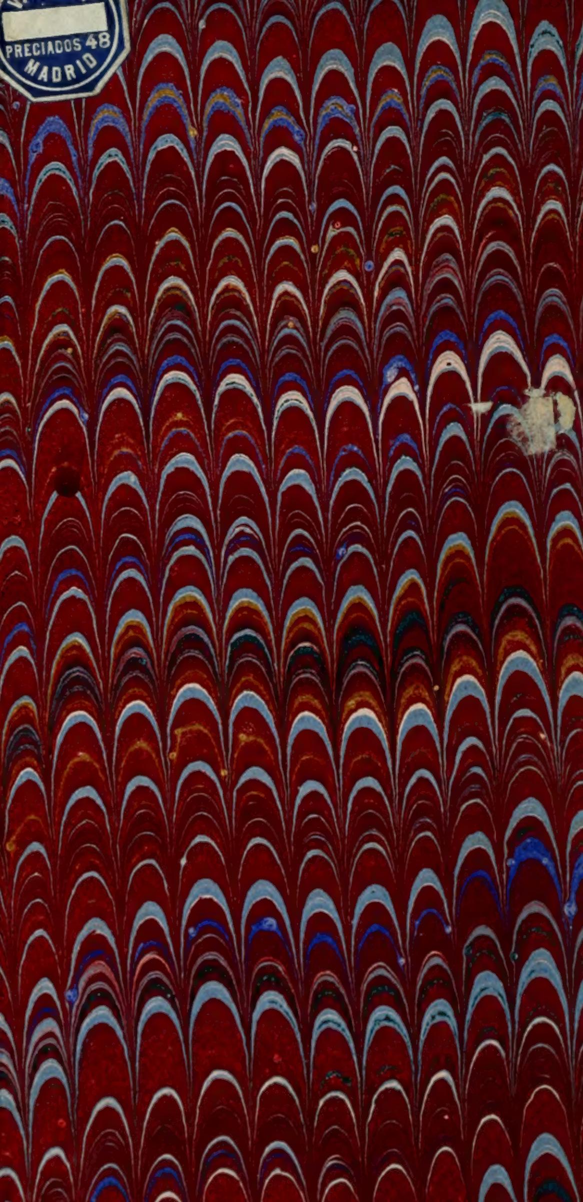
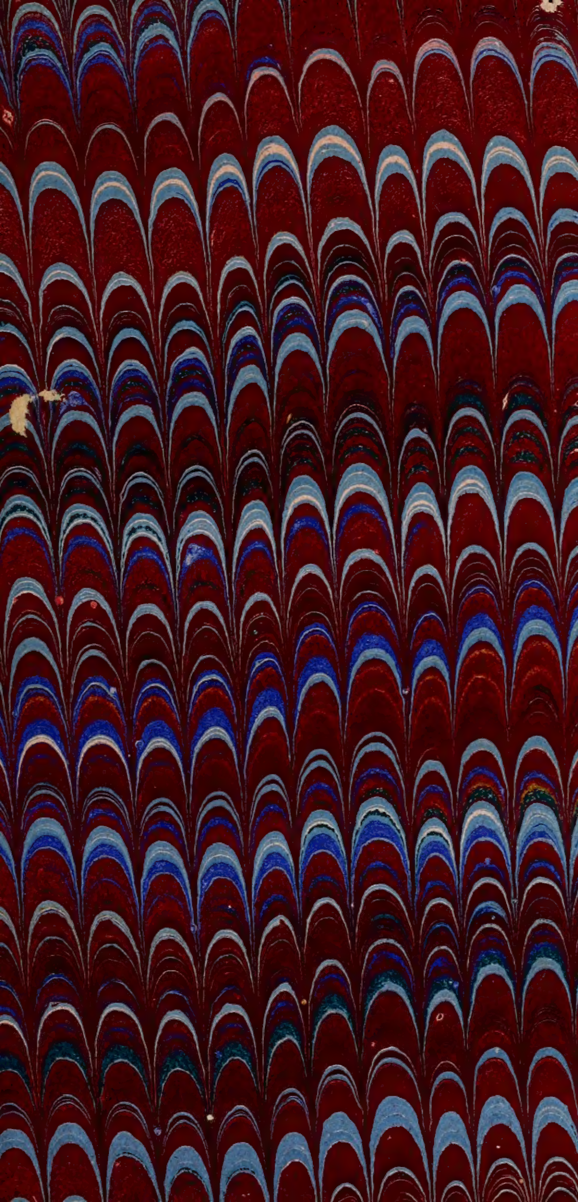

UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01309134 3

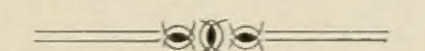

PRECIADOS 48
MADRID





COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN VIGÉSIMO QUINTO



FRIVOLIDADES

Colección Elzevir Ilustrada

Volúmenes publicados

I.—Modesto H. Villaescusa.—*Oro oculto*, novela.
II.—Vital Aza.—*Bagatelas*, versos (2.ª edición).
III.—Alfonso Pérez Nieva.—*Agata*, novela.
IV.—Nilo María Fabra.—*Presente y futuro*, nuevos cuentos.
V.—Federico Urrecha.—*Agua pasada*, cuentos, bocetos y semblanzas.
VI.—Emilia Pardo Bazán.—*El tesoro de Gastón*, novela.
VII.—M. Morera Galicia.—*Poesías*.
VIII, IX y XIII.—Enrique R. de Saavedra, duque de Rivas.—*Cuadros de la fantasía y de la vida real*. Tres tomos.
X.—Conde de las Navas.—*El Procurador Yerbabuena*, novela.
XI.—Narciso Oller.—*El Esgaña-pobres*, estudio de una pasión.
XII.—Juan Ochoa.—*Un alma de Dios*, novela.
XIV.—Juan Marina.—*Toledo*, tradiciones, descripciones, narraciones y apuntes de la imperial ciudad.
XV.—Vital Aza.—*Ni fu ni fa*, versos (2.ª edición).
XVI.—Trindade Coelho.—*Mis amores*, cuentos y baladas.
XVII.—Miguel Ramos Carrión.—*Zarzamora*, novela.
XVIII.—Narciso Oller.—*Perfiles y brochazos*, cuadros y cuentos.
XIX.—Dr. Thebussem.—*Futesas literarias*.
XX.—Gustavo Morales.—*El indiano de Valdella*, novela.
XXI.—Juan Ochoa.—*Los Señores de Hermida*, novela, *Crítica y cuentos*.
XXII.—M. Morera y Galicia.—*De mi viña*, poesías.
XXIII.—Juan Alcover.—*Meteoros*, poemas, apólogos y cuentos.
XXIV.—M. R. Blanco Belmonte.—*La Casa de Cárdenas*, (páginas de otras vidas).
XXV.—Vital Aza.—*Frivolidades*, versos y prosa.

VITAL AZA

FRIVOLIDADES

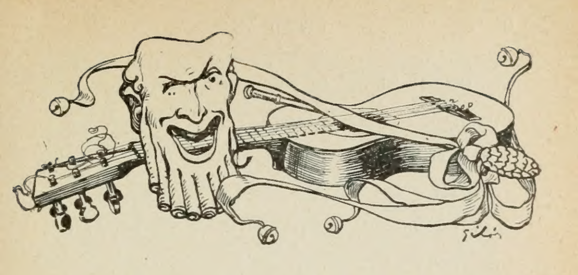
VERSOS Y PROSA

Ilustraciones de B. Gili y Roig



BARCELONA
HEREDEROS DE JUAN GILI, EDITORES
CORTES, 581 — 1909

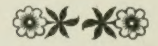
TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA



A guisa de proemio

Soy lo que soy, y de engañar no trato.
Ni yo soy una gloria del proscenio,
ni me creo un eximio literato,
ni me tengo, á Dios gracias, por un genio,
(aunque, sin esas raras perfecciones,
tenga también mi genio en ocasiones.)
Autor cómico soy y no dramático.
(lo de cómico es mucho más simpático.)
Yo jamás me metí en psicologías,
ni rompí moldes, ni amargué los días
de los pobres oyentes ó lectores,
contándoles angustias y dolores...
Yo con mi pluma alegre y retozona
me inclino á lo jovial, nunca á lo serio.

No es mi Musa la Musa que tristona
busca la soledad del cementerio
y allí reniega de su triste suerte,
y lacrimosas elegías canta,
y al hablarnos de horrores y de muerte
nos mete el corazón en la garganta.
Yo no canto el Dolor. La Musa mía
canta sólo el Placer y la Alegría;
y aunque mi alma, á veces, vierta llanto,
me lo sufro yo á solas y me aguanto.
Jamás exteriorizo mis pesares.
¿A qué amargar á nadie con mis penas?
Y en humildes comedias y cantares
derramo la alegría á manos llenas.
Y me juzgo feliz y muy contento
si logro, con mi Musa divertida,
haceros olvidar por un momento
las negras amarguras de la vida...





Aguas minerales

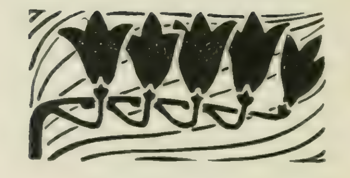
—Desengáñese usted, don Emeterio.
Todo eso de las aguas sulfurosas,
arsenicales, cloruradas, cálcicas,
azoóticas, litínicas y sódicas,
son pamplinas que inventan los doctores
de acuerdo con los dueños de las fondas.

—¡Hombre, no, mi querido don Nicasio!
No me haga usted reir con esas cosas.
Bueno que el vulgo diga esas simplezas;
¡pero usted!... ¡por Dios santo! Una persona
de ilustración, no debe en modo alguno
verter esas especies injuriosas.
Las aguas minerales, don Nicasio,
por reacciones químicas que asombran,
responden á un principio terapéutico.
—Bueno, bien. No diré que no respondan;
pero yo no las llamo, amigo mío,
porque no creo en aguas milagrosas.
No diré que no haya aguas excelentes;
pero otras... ¡vamos hombre!, lo que es otras
no sirven para nada. Mucho lujo,
gran *confort... restaurant...* mesa redonda...
jardines á la inglesa... lagos... bosques...
conciertos... musiquita á todas horas.
Pero ¿las aguas? ¡Música! Y que de esto
no hay quien me apee.
—Bien; si se le antoja,
siga usted á caballo en su manía.
—No es manía, es verdad como una loma.
Comprendo que á los ricos les receten
esas temporaditas deliciosas,
pero lo que me irrita y me exaspera
y me saca de quicio y me encocora,

es que á mí, que hace un año estoy cesante
y tengo una familia numerosa,
me haya dicho un doctor, ayer en casa,
lo que usted mismo va á saber ahora:
—¿Qué ha sido?
—Pues que el hombre ha recetado
aguas á toda la familia, ¡á toda!
A Pepita, las aguas de Betelu;
á Manuela, los baños de La Toja,
á Enriquín, Carratraca; á Luis, Alceda;
á la niña menor, baños de ola;
á mi yerno, Sobrón. (¡Muy bien mandado!
porque en casa es el único que sobra.)
A mi hermano, Hervideros de Fuensanta;
á mi hermana, las aguas de Cestona;
á Ramón, Mondariz; á Pepe, Trillo;
y á mi querida y respetable esposa,
porque tiene en el cuello unos diviesos,
¡la manda á Paracuellos de Giloca!
—¿Y á usted qué le ha mandado?
—¿A mí? ¡Fortuna!
Supongo yo que lo diría en broma.
—¿Y qué piensa usté hacer?
—¿Cómo qué pienso?
Pues hoy lo discutí con mi señora,
y una resolución hemos tomado
irrevocable, decisiva, heroica...

2

Pues la salud exige un sacrificio,
este verano, por seguir la moda,
nos bañaremos todos... en tinajas,
y beberemos... agua de Lozoya.





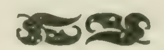
El Gramófono

¡Aborrezco el Gramófono! ¿Por qué?
Pues yo te lo diré.

—

Precisamente encima de mi alcoba
colocó mi vecino empecatado
un aparato de esos que me roba
el sueño y la salud por de contado.
Yo que dormir diez horas necesito

me acuesto casi siempre tempranito;
pero ¿de qué me sirve el acostarme
si ha de venir alguno á fastidiarme?
Cuando, rendido, de dormirme trato,
da cuerda mi vecino al aparato,
y aunque me tapo y en dormir me empeño,
¡quiá! No hay manera de coger el sueño!
Primero oigo un tenor lanzando gritos;
luego una tiple haciendo gorgoritos,
y después ¡y esto sí que ya es faltar!
me sueltan una banda militar...
¡Y á ver si hay quien se duerma ni un instante
oyendo un trompeteo semejante!
Cierto que es el Gramófono excelente,
admirable, sublime, sorprendente...
No negaré que sea ese aparato
muy bueno, muy bonito y muy barato...
Pero yo, por las causas que te digo,
le aborrezco, le odio ¡y le maldigo!





El Caballo y el Burro

(No es fábula, pero podría serlo)

Cerca del abrevadero
de la fuente del Otero,
dialogaban, hace un mes,
el caballo del Marqués
y el burro del molinero.

—¡Qué gordo y lucido estás!
(dijo con sorna el jumento).
—Me engorda el aburrimiento.

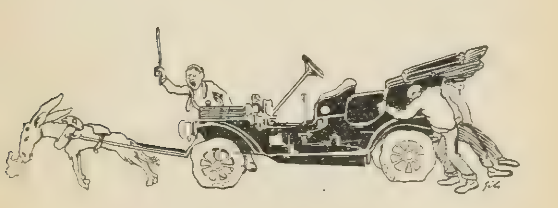
—Me choca.
—¡Pues ahí verás!
—¿Trabajas poco?
—Muy poco.
Llevo ya esta temporada
sin una sola *enganchada*.
—¿Y eso te aburre? ¡Estás loco!
Me explicara esa mohina
el exceso de trabajo,
corriendo arriba y abajo
amarrado á la berlina.
Pero por no trabajar
aburrirse, ¡no lo creo!
—Me disgusto porque veo
que me van á licenciar.
Ya ni me miran mis amos
y el cochero me abandona.
¡Como han comprado en Bayona
un automóvil!
—¡Ah, vamos!
—Te explicarás mi temor.
—Ya pagarán su manía.
Verás cómo el mejor día
se revienta tu señor.
—Ya se ha dislocado un brazo
y la marquesa se ha herido.
En dos meses han sufrido

tres vuelcos y un topetazo.
Pero ¡quiá! si son de acero
y no se arredran por nada!
—¿Y en toda esta temporada
qué se hace Antonio el cochero?
—Pues el pobre ¿qué ha de hacer?
Viste de hule todo el día,
y en vez de Antonio García
hoy es *Antuán le chofer.*
—¡Chifladura más completa!
¿Quién conoce á *monsiú Antuán*?
¡Claro! ¡Como siempre van
disfrazados con careta!
¡Cuánto más bonita es
la librea, qué demonio!
—Pues van con máscara Antonio,
la marquesa y el marqués.
Sólo hablan ya del *Panar*,
(creo que se llama así).
Y andan de aquí para allí
escapados sin cesar.
La peor es la señora.
¡Si corren que es un horror!
Ayer, según el señor,
en poco más de una hora,
fueron de aquí al Sardinero.
¡Doce leguas!

—¡Quiá! ¡No cuela!
Que se lo cuente á su abuela
el grandísimo embustero.
—Como el *Panar* tiene al fin
diez caballos.
—¿Estás loco?
¿Los has visto? Yo tampoco.
¿Diez caballos? ¡Ni un rocín!
Lo que tiene ese *Panar*,
según yo vi, es un vapor
que despide un mal olor
que no se puede aguantar.
Y en cuanto á fuerza me atrevo
á luchar con él.
—Sí, eh?
¡Qué burro eres!
—Ya lo sé.
No me dices nada nuevo.
Y lo que tú no sabrás
es que un día, cuesta arriba,
hasta la marquesa iba
empujando por detrás.
—¡Vamos! no seas burlón.
Yo me resigno y me aguanto,
pues respeto el adelanto
de la civilización.
¡Es un gran invento!

—¿Sí?

Pues ayer, á media noche,
vine yo arrastrando el coche
ó automóvil hasta aquí.
—¿Qué me cuentas?
—Sí, señor!
Se rompió no sé que tuerca.
Yo andaba por allí cerca
y les hice ese favor.
—Con que tú?...
—Lo que te cuento.
¡Bien lloraba tu señora!
A ver si me hablas ahora
de lo que vale ese invento.
Si no es un pobre pollino
á la intemperie se hospedan
¡y con su *Panar* se quedan
á dormir en el camino!





El Bacalao

ARTÍCULO... DE CUARESMA

—¿Cuál es el pez que tiene la cabeza más distante de la cola?—le preguntaron á uno.

—El bacalao—contestó,—porque tiene

la cola en España y la cabeza en Escocia.

Indudablemente los bacalaos son los seres más desdichados de la tierra, es decir, del mar.

No contento el hombre con maltratarlos *hasta dejarlos secos*, les arranca la lengua, los decapita, los prensa, y como si esto no fuera bastante, los expone luego á la pública vergüenza, colgándolos de los escaparates de las tiendas de ultramarinos.

¿Y qué más? ¡Hasta hay quien se los come!

No es posible ser más cruel con un pez tan inofensivo.

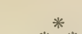
Por fortuna, no siempre quedan impunes estos crímenes, y el pez ofendido se venga de los hombres haciéndoles purgar gran parte de sus culpas.

* * *

Según los zoólogos, el bacalao (llamado también, y por mal nombre, abadejo), pertenece á la familia de los Gádidos.

¡Hay familias muy desgraciadas!

En ésta todos los individuos son huérfanos: no tienen *cabeza de familia*.



Dice un autor que los abadejos sólo se conservan bien *cuando están curados.*

Desde que sé esto, ya no me fío.

Para mí, todos los bacalaos están convalecientes.



Y ahora se me ocurre una pregunta:

¿Si se curarán los abadejos con aceite de hígado de bacalao?

¡Quién sabe!



La anterior pregunta me sugiere esta otra:

Si el bacalao es el abadejo *momificado,* ¿de qué hígado extraerán ese aceite?

Francamente, el sacar jugo de una *momia* me parece el *momio* más grande que le puede caer á un boticario.



Según el naturalista Sr. Valencianas, es decir, Mr. Valenciennes, el bacalao es un pez de una voracidad y una glotonería extraordinarias.

¿Quién había de decirlo?

¡Y, á pesar de comer tanto, están tan flacuchos!

Ahora me explico la enfermedad que padecen los bacalaos.

Tendrán la solitaria.

*
* *

El mismo Mr. Valenciennes afirma que en el vientre de los abadejos, y en prueba de su voracidad, se encuentran trozos de hierro, maderas, guijarros y hasta los guantes de los pescadores.

¡Hasta los guantes de los pescadores!

No se puede pescar de una manera más *fina*.

Sin embargo, tengo para mí que los peces agradecerían que se empleara con ellos menos *etiqueta*... y menos anzuelos.

*
* *

En el comercio se conocen varias clases de bacalaos.

El más preciado es el de Escocia.

Las patronas prefieren siempre el que en los mercados se conoce con el nombre de *bacalao de pupilo*.

Este se distingue de las demás clases en lo ínfimo de su precio, y en que no es ¡ni bacalao!



Los abadejos se pescan principalmente en los mares del Norte; pero donde abundan de una manera extraordinaria es alrededor del banco de Terranova.

Sin duda, son accionistas *escamados.*

No es el de Terranova el único banco en que abundan los *peces.*





Cuestión personal

I

Hablaban en la mesa de un café
Don Ramón, don Vicente y don José.
Don Ramón, que es un hombre muy vehe-
[mente,
Decía á don José y á don Vicente:

—Desengáñense ustedes. No es creíble
Que España en su atonía
Sea, como fué un día,
Potente y vigorosa. ¡Es imposible!
Las razas degeneran.
—¡Qué manía!
—No es manía, es un hecho conocido.
Aquí necesitamos sangre nueva.
¿Hay alguien que se atreva
A sostener que España no ha perdido
Toda la savia que en su sangre había?
¿Qué es necesario hacer? ¡Esta es la mía!
Hay que cruzar la sangre. Eso conviene.
Hay que darle la savia que no tiene.
Las razas se desgastan, empeoran,
Y hay que cruzarlas, pues así mejoran.
Una verdad tan grande como un templo
Es ésta que les digo.
La raza caballar es un ejemplo.
—¡Hombre, por Dios!
—¡No comparar, amigo!
—El cruce es necesario, y aunque sea
Ofensivo el ejemplo presentado
Yo sostengo mi idea.
Pueblo sin cruce, está degenerado.
En mí mismo se ven claras, patentes,
Las pruebas de esta nueva teoría

Que hoy sostienen autores eminentes.
Yo debo mi salud y mi energía
A la mezcla de sangres diferentes.
—¿Qué mezcla?
—Lo diré sin más rodeos,
Para que usted lo sepa.
Mi madre era francesa: de Burdeos;
Y mi padre español de pura cepa.
—Ya sospechaba—dijo don Vicente—
Que era usted un genízaro.
—¡Insolente!—
Replicó don Ramón enfurecido.
—Pero, por Dios, si yo no le he ofendido.
—Esa palabra...
—La sostengo.
—¡Basta!
—Oiga usted, don Ramón...
—¡Se ha concluído!
Muy pronto sabrá usted cómo las gasta
Quien tiene sangre como yo la pido.

II

Estaba en su despacho don Vicente
Y ya se iba á acostar tranquilamente,
Cuando el ama de llaves, doña Rita,

Le anunció una visita.
—¿Quién es?
—Dos caballeros.
—(¡Dios clemente!)
—No los he visto nunca. Son muy finos.
Dicen que traen un asunto urgente.
—(Lo que me sospechaba. Los padrinos.
¡Qué bruto es don Ramón y qué ignorante!)
—¿Qué les digo?
—Que pasen adelante.

***

—Caballero...
—Señores...
—Yo lamento...
—Yo también, caballero, siento mucho...
—Pueden ustedes...
—¿Qué?
—Tomar asiento.
—Mil gracias.
—No hay de qué. Ya les escucho.
—El señor don Ramón nos ha encargado...
¿Se ríe usted?
—¡Pues claro que me río!
¡Si el pobre don Ramón está obcecado!
—El asunto es muy serio, señor mío,

Y no es para que usted lo tome á risa.
Ha habido ofensa grave, y es precisa
Una reparación
Que deje en buen lugar á don Ramón.
Discutiendo con él en el café,
Delante de su amigo don José,
Usted le dirigió con mal talante
Una palabra fea y mal sonante.
—Perdone usted, amigo.
Yo le llamé genízaro.
—¡Pues digo!
¿Le parece á usted poco? ¡A mí bastante!
—Pues, la verdad, á mí se me figura...
—La palabreja es dura.
—Es algo más que dura. ¡Es insultante!
—Pero ¿ustedes también?...
—O se retracta
De la ofensa inferida,
Firmándonos un acta
En que le dé satisfacción cumplida,
O va usted al terreno.
—Bueno, bueno.
No hay más que hablar. ¡Iremos al terreno!
¿Batirse es necesario?
—Batirse, sí, señor. ¡Esa es la frase!
—Pues el duelo ha de ser extraordinario.
Para vengar ofensas de esa clase

No hay más que un arma.
—¿Cuál?
—¡El Diccionario!
—¿Se burla usted?
—No es burla; es que deseo
Sacarles del error en que les veo.
Si á don Ramón genízaro llamé,
Fué con razón sobrada.
—¿Cómo?
—¿Qué?
—¿Su padre era español?
—Zaragozano.
—¿Y su madre de Francia?
—¡Bordelesa!
—Pues fuera toda discusión en vano.
Aquí está el Diccionario en esta mesa.
Genízaro se llama en castellano
Al hijo de español y de francesa.
—¡Pues es verdad!
—¡Pues tiene usted razón!
—¡Qué bruto es nuestro amigo don Ramón!
—No es él solo.
—Pedimos mil perdones.
—Crea usted, don Vicente, que yo siento...
—Hemos hecho una plancha.
—¡De riñones!
—Para hacer objeciones

Es preciso tener entendimiento.
—Es natural. La palabreja es rara.
—Díganle á ese pedazo de jumento,
Si no se conformara,
Que ya que él tanto pide el *cruzamiento*,
Si insiste más, le *cruzaré*... la cara.





Soné-

A Eduardo G. Gereda

Ya que tienes empeño en que figú-
mi nombre con el tuyo en la portá,-
aunque conozca mi valer escá-
con gran placer á tu mandato acú.-
Mi aplauso más sincero aquí tribú-
al médico y notable literá-
que en los Tipos de clínica ha probá-
su fina observación, su ingenio agú.-

Como conozco al público, ¡oh Geré!-
me atrevo á asegurarte que estos Ti-
te han de proporcionar mucho diné.-
Prepara otra edición de este librí-,
pues hay en él tantísimo salé-
que ha de venderse como pan bendí.-





Rosina la de Pravia

«Penosina de la peña,
rosa de la mió quintana;
la de les rises melgueres,
la de la voz regalada...
. . . .»
(Caveda).

¡Válganme el Señor San Pedro
y la Virgen Soberana
si es verdad cuanto aquí digo,
y si miento no me valgan!
Desde Gijón á Pajares
y de Colombres á Navia,

no hay una moza más lista,
más *gayaspera* y más guapa
que Rosina la de Antona,
que Rosina la de Pravia,
la de les rises melgueres.
la de la voz regalada.

—

Apenas la bella Auroia
rompiendo el broche de plata,
ilumina con luz tenue
las cumbres de las montañas,
ahuyentando de los ríos
á las misteriosas *Xanas*,
que se ocultan temerosas
con su madejas doradas...
Apenas el rubio Febo...
O dicho en menos palabras:
en cuanto amanece el día,
sale Rosina de casa,
cantando como la alondra
que saluda á la mañana,
átrabajar, que el trabajo
ni le asusta, ni le cansa.
Fuerte, sanota y robusta,
de alto seno y ancha espalda,
de piernas como *pegollos*



y de manos que son garras,
nadie compite con ella
en *andechas* y *esfoyazas*,
ni en *sallar* unos maíces,
ni en uncir un par de vacas...
Bien los mozos la conocen;
bien la envidian las muchachas,
y ellos y ellas aseguran
que nunca hubo en la comarca
moza más honrada y buena
que Rosina la de Pravia,
la de les rises melgueres,
la de la voz regalada.

—

Cuando el día de la Virgen
todo el pueblo se engalana
y en el campo de la iglesia
anuncia el baile la gaita,
saca Rosina su traje
que está en el fondo del arca,
saturado del perfume
de membrillos y manzanas,
y allá va á la romería
con su dengue y con su falda,
sus tres ó cuatro refajos
que las caderas ensanchan,

su pañuelo á la cabeza,
su camisa de *mediana*,
su jubón adamascado,
su collar en la garganta,
sus zapatos de becerro
y sus calcetas de lana.
Su voz es la que domina
en los cantos de la danza,
y al bailar el *xiringüelu*
nunca pareja le falta;
pues nadie en la romería
baila mejor que ella baila,
ni se mueve con más garbo,
ni conoce más *mudanzas*.
Cuando al empezar la noche
se vuelve sola á su casa,
ningún mozo del concejo
se decide á acompañarla.
Todos saben que Rosina
tiene á su novio en la Habana,
que le quiere con delirio,
que le adora con el alma.
Y si acaso algún valiente
se le acerca y se propasa,
le sucederá lo mismo
que á Manolín el de Pacha,
que por querer darla un beso

recibió tal bofetada,
que se pasó quince días
con las narices hinchadas...
Por eso todos respetan
á Rosina la de Pravia,
la de les rises melgueres,
la de la voz regalada...



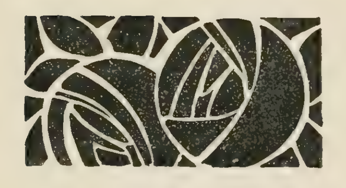


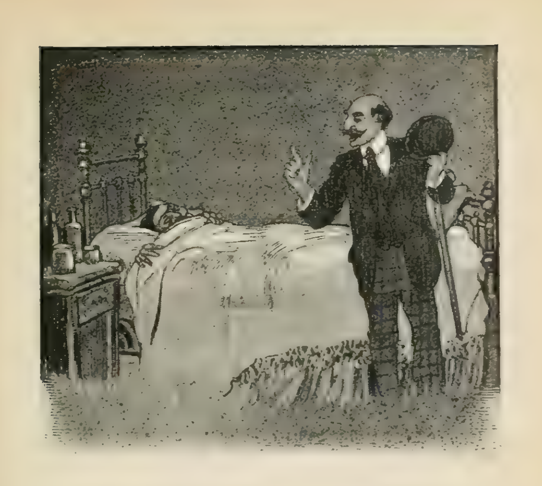
Don Juan

Era *Don Juan* un galán
gallardo, audaz, calavera...
AMOR POR AMOR, tal era
la divisa de *Don Juan*.
Sólo por amor luchaba;
sólo en amor se encendía;
sólo para amar vivía,
y por amor se mataba...

Mas los tiempos han cambiado.
El mundo se moderniza
y hoy *Doña Inés* se cotiza
como el papel del Estado.
Ya el amor es cosa rara.
Tales los tiempos están
que no se encuentra un *Don Juan*
por un ojo de la cara.
Hoy el *Don Juan* es un ser
que vicio y codicia forman.
Hoy *Don Juan* es un *sportsman*
que usa gorra de *chauffeur*.
Si tras la novicia va
en aventura amorosa,
sólo piensa en una cosa:
en las rentas del papá.
Luchará con ardimiento
si su *Inés* es chica rica;
pero si es pobre la chica
se pudrirá en el convento.
Mas si logra lo que trama
y con el negocio da,
en la escena del sofá
dice *Don Juan* á su dama:
«¿No es verdad, ángel de amor,
»que en este mundo embustero
»teniendo mucho dinero

»se vive mucho mejor?
»¿No es verdad, gacela mía,
»que nos amaremos más
»cuando falten tus papás
»y heredemos á la tía?...»
Con cinismo extraordinario
así el buen *Don Juan* se expresa...
¡Descanse, pues, en su huesa
el Tenorio legendario!
Pues hoy, la gente avispada
ve que en estos tiempos brilla,
más que el *Don Juan* de Zorrilla
el *Don Juan* de Parellada.





Consulta médica

—Le llamo á V., doctor, para que vea
si me puede aliviar de cualquier modo
este catarro agudo... ó lo que sea.
—¿Y qué ha tomado V.?
—¡Tomé de todo!
Estoy ya hasta los topes
de menjurges, pastillas y jaropes.

—¿Probó V. la *helenina?*
—Probé de todo lo que acaba en *ina.*
Y advierto á V. doctor, que ya no quiero
gastarme en la botica más dinero.
—Es V. mi querido D. Macario,
un enfermo especial, extraordinario...
—Mándeme V. tomar cualquiera cosa
que no haya que pedir en la farmacia.
—Mi misión, por desgracia,
resulta ciertamente poco airosa;
mas ya que recetarle me ha vedado
y V. curarse pronto necesita,
tome V., en ayunas, y arropado,
leche de burra, á ver si se le quita
esa tos pertinaz, que es de cuidado.
—¿Leche de burra, dice V.? ¡Me río!
—¿Se ríe V.?
—Pues ¡claro! Me hace gracia,
porque hay una razón, amigo mío,
para que yo no crea en su eficacia.
—¿Una razón? (¡Enfermo más cargante!)
—Se la diré al instante.
Y crea V. que es cierto lo que digo.
—Será verdad. Bien cabe en lo posible.
—Yo propio fuí testigo
de un caso muy notable, indiscutible,
que demuestra de un modo terminante

que esa leche de burra tan nombrada
no sirve en los catarros para nada.
—Respeto su opinión. En mis clientes
he visto resultados excelentes.
—¿Excelentes? Lo dudo.
Oigame V. el caso á que yo aludo:
Tenía mi cuñado en Valdespina
una hermosa pollina,
gorda, rolliza, de pulmón potente,
que cuando rebuznaba
se estremecía de terror la gente
y el pueblo en sus cimientos retemblaba.
Tuvo esta burra un hijo,
alegre, juguetón, fino, gracioso...
Nunca nació, de fijo,
un buche más robusto y más hermoso.
Pero ¡ay, amigo mío! una mañana
se lo encontró mi hermana,
no alegre y juguetón como otros días,
sino mustio, caído, tembloroso,
la piel ardiente, las orejas frías,
y respirando triste y angustioso.
Vino el albéitar, le mandó un jarabe
y unas friegas con vino muy caliente;
pero la enfermedad era tan grave
que á los tres días se murió el paciente.
¿Y sabe V. amigo, qué dolencia

cortó del pobre buche la existencia?
—No lo sé, mi querido D. Macario.
Soy médico, no soy veterinario.
—Pues el pobre animal
se murió ¡de un catarro pulmonal!
El caso, amigo mío, se me antoja
que es de esos que no tienen vuelta de hoja.
Esa leche que V. me ha recetado
no cura los catarros. ¡Es probado!
Dudar de su eficacia me permito;
porque ¡calcule V. si habría tomado
leche de burra el pobre animalito!
—Repito á V. que en todos mis clientes
he visto resultados excelentes.
Pero, en fin, la lección está bien dada.
¿Leche de burra á V.? ¡Qué desvarío!
Si en los burros no sirve para nada,
no debe V. tomarla, amigo mío.





Pensamientos científicos...

(hasta cierto punto)

El *oro* es el *equivalente* del amor; el argumento más *sólido* para los suegros y el *reactivo* que *neutraliza* las cualidades *negativas.*

***

El corazón es la *retorta* de las pasiones.

*
* *

Una morena alegre es un *cuerpo comburente*: Una rubia *sosa* es un *cuerpo indiferente.*

*
* *

El matrimonio es la *síntesis* del amor. Cuando se realiza por amor produce una *combinación*; mientras el efectuado por el interés es una *mezcla* que algunas veces resulta *detonante.*

*
* *

Los precipitados que dan ciertos cuerpos en química son de gran importancia. En la química social la mujer infiel da siempre un *precipitado:* su marido.

Cuando éste se *sulfura*, suele haber una *explosión.*

*
* *

La regla que por lo general rige en el matrimonio es la *regla de interés.*

*
* *

Si el novio es rico, los suegros proponen á la chica la regla de *aligación.*

*
* *

Cuando la desposada dá á luz el primer hijo, se resuelve la *regla de tres.*

*
* *

Más adelante se convierte en *regla de compañía.*

*
* *

La *operación fundamental* del matrimonio es la de *multiplicar.*

*
* *

Todos los viudos tienen el *exponente menos uno.*

*
* *

Las mujeres que no se casan es porque no han tenido *proporción.*

*
* *

Cuando el novio huye el bulto es que teme que le *dividan por el eje.*

*
* *

Para convencer á algunas mujeres no siempre bastan *razones.*

*
* *

Los hombres se dividen como los ángulos, en *rectos, agudos y obtusos.*



La dote de la novia es con frecuencia una *cantidad imaginaria.*



Una mujer celosa trata siempre de *despejar la incógnita.*



Una chica sin dote, en los tiempos que corremos, es un *cero á la izquierda.*





Presbicia

Se casó don Lucas con doña Torcuata
y se separaron al segundo mes,
y, como disculpa que le justifique,
el zumbón don Lucas dice muy cortés:
—Quiero á mi Torcuata con amor sincero
Para separarnos hubo una razón.
No es cuestión de afecto, ¡pobrecita mía!
Fué cuestión de vista la separación.
Yo no gasto gafas y cuando está lejos
detalladamente veo á mi mujer,
porque ya la vista tengo muy cansada
y si está á mi lado ¡no la puedo ver!



La competencia

Al llegar las Navidades
siempre había en Valdeotero
gran repuesto de turrones,
que á D. Pepe, el confitero,
le mandaban recién hechos
de Jijona y de Alicante,
y él vendía casi al doble
que cobraba el fabricante.
Y—¡está claro!—sucedía

que no había una persona
que á su casa se llevara
medio kilo de Jijona,
pues tal precio le ponía
el maldito confitero
que las gentes, asustadas,
se guardaban su dinero.
—Es preciso que esto acabe,
dijo un día el boticario.
Cuando llegan estas Pascuas
el turrón es necesario,
y si Pepe, que es un zote,
no comprende su negocio,
voy á ver si le convenzo
y me acepta como socio;
pues si el hombre por su empeño
á las gentes perjudica,
yo no debo tolerarlo
por el bien de mi botica.—
Dicho y hecho. Fuese á verle,
y le dijo:—Esto no pasa.
Te aconsejo que te enmiendes,
por el nombre de tu casa.
Todo el pueblo está que trina,
y le sobran las razones,
pues aquí monopolizas
el negocio de turrones

y es preciso que no abuses
y lo vendas más barato;
porque caro no lo comen
y yo entonces pago el pato.
¿No comprendes que sin venta
el surtido se te enrancia?
Yo me asocio, si tú quieres,
y te ofrezco una ganancia.
Te aseguro un diez por ciento
—y ya creo que es bantante,—
si lo vendes á los precios
que te pone el fabricante.
—Mire usted, amigo mío—
contestóle el confitero,—
yo soy dueño de mi casa.
Nadie manda en mi dinero.
No me importan las hablillas,
ni que el público se queje.
Quien los quiera que los compre;
quien no quiera que los deje.
—¿Luego insistes?
—¡Ya lo creo!
—¡Lo lamento!
—Pues ¡paciencia!
—Ya que quieres que haya lucha,
voy á hacerte competencia.
—¿En jarabes?

—¡En turrones!
—¿Es de veras? ¡Me hace gracia!
—Ya verás si te hace sombra
el portal de mi farmacia.—
Y lo mismo que lo dijo
cumplió el hombre su promesa.
Le mandaron de Alicante
de turrones gran remesa.
En carteles dijo al pueblo
que él lucrarse no quería;
que el surtido de turrones
por su precio lo vendía;
que el servir á sus vecinos
era sólo su deseo...
¡Y el portal de la farmacia
fué un constante jubileo!
Los señores, los criados,
los más grandes, los más chicos,
los seglares y los curas,
y los pobres y los ricos,
fueron todos á surtirse,
viendo clara la ventaja,
¡y en dos días no dejaron
para muestra ni una caja!
¡Casi á pasto lo comían!
¡Qué alegría! ¡Qué atracones!
¡Medio pueblo cayó enfermo

del empacho de turrones!
Orgulloso el boticario
reembolsaba su dinero,
y furioso en su derrota,
se decía el confitero:
—No comprendo... No me explico...
Es un caso extraordinario...
Yo me arruino y él no gana...
¡Qué animal de boticario!—
Y una vieja que le oía,
dijo al punto:—¡Pobre Pepe!
¿que no gana el boticario?
¡Si ese sabe más que Lepe!
Nada gana en los turrones,
pero gana el muy ladino
en magnesia, y en ruibarbo
y en aceite de ricino.





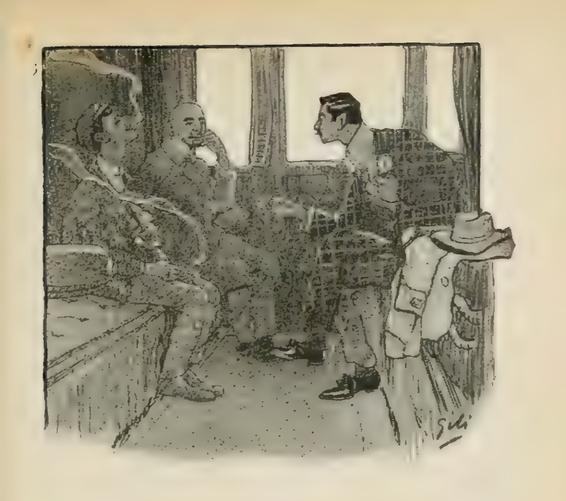
Mis propósitos

A un curioso

No creo yo que al público le importe
saber si yo me he muerto ó si estoy vivo
y al dar á luz las obras que concibo
viables pueden ser ó las aborte.
Curado ya con mi excursión al Norte
vuelvo á la lucha; mi faena activo,
y llevando en la alforja lo que escribo
á fin de mes regresaré á la corte.
Basta que algún curioso me lo mande

para que yo conteste con franqueza,
sin que, al decirlo, con misterios ande,
que en la campaña teatral que empieza
diez obras pienso dar... *¡Lástima grande*
que no sea verdad tanta belleza!





La perla de San Carlos

Así llamábamos todos al sabio y venerable maestro D. Rafael Martínez Molina.

Lo que seguramente ignorarán cuantos fueron admiradores de su ciencia es que D. Rafael era un excelente cómico.

—¿Cómico aquel señor tan serio y tan formal?—dirán algunos con asombro.

¡Pues sí, señor! Cómico, y muy cómico, según verá el que leyere.

Corría el mes de Julio de 1875. Yo, que pasaba los veranos al lado de mis padres, en Gijón, regresaba de saludar á mis parientes de Pola de Lena cuando, en el andén de la estación de Oviedo, me encontré agradablemente sorprendido con la presencia de mi queridísimo maestro el doctor Martínez Molina, á quien acompañaba su discípulo predilecto, mi compañero de estudios y hoy reputadísimo médico y brillante escritor Manuel Tolosa Latour.

—¿Ustedes por aquí?—dije abrazando con respeto á don Rafael y más efusivamente á Manolo.

—Sí; aquí nos tienes desde ayer—respondió el maestro.—He venido á ver á un enfermo y Manolito ha tenido la bondad de acompañarme. Hijo mío, estoy encantado de tu país. ¡Esto es precioso!

—¿Verdad que sí?—exclamé con el orgullo de buen asturiano.

—¡Precioso, chico, precioso! — añadía Tolosa.

—Pues ya lo irán ustedes conociendo.

—No. Desgraciadamente tengo que regresar en seguida á Madrid.

—¡Qué lástima! ¿A dónde van ustedes ahora?

—A Gijón.

—Me alegro. Iremos juntos. Suban ustedes á mi departamento. Voy completamento solo.

Y dicho y hecho. Subimos al vagón, sonó la voz de «¡Viajeros al tren!», y éste empezó pausadamente su marcha.

—Ya verán ustedes qué población tan bonita y tan industriosa es Gijón. Recorreremos todas las fábricas. Las hay de primer orden. ¿Pues y la playa? ¿Y los alrededores? Son un encanto. No hay en todo el litoral un puerto más hermoso ni una playa más espléndida. Ya verán ustedes; ya verán ustedes.

—No, hijo mío, no te entusiasmes. Mi deseo al ir á Gijón, no es conocer su playa ni sus industrias. Mi viaje sólo tiene un objeto.

—¿Cuál?

—El de dar un abrazo á un amigo del alma; á un amigo á quien no veo hace treinta y ocho años.

—Quizás tú le conozcas—añadió Tolosa.

—¿De quién se trata?

—De un médico. De mi antiguo condiscípulo Joaquín Escalera.

—¡Ya lo creo que le conozco! Don Joaquín es el médico de mi familia y amigo entrañable de mi padre.

—¿Y qué tal? ¿Cómo está Joaquinito?

—¡Tan famoso!

—Visitará mucho, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—¡Qué buen estudiante era! Siempre tan formalito, tan aplicado... Nos queríamos mucho. Hicimos juntos toda la carrera y siempre nos reuníamos á estudiar cuando se acercaban los exámenes. Pero terminada la licenciatura, él se retiró á esta provincia y yo me quedé luchando en la corte.

—¿Y no han vuelto ustedes á verse desde entonces?

—¡Nunca! Nos escribimos con alguna frecuencia; pero ni él ha vuelto por Madrid ni yo he venido hasta ahora á esta bendita tierra. Pero no me he olvidado nunca, nunca, de mi querido *Escalerilla.*

Yo le llamaba siempre *Escalerilla,* y le daba mucha rabia...

Y al decir esto D. Rafael, se reía como un chiquillo.

—Buena sorpresa le va usted á dar.

—Eso quisiera yo, sorprenderle.

—Oiga usted, don Rafael: se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Vamos á hacer una cosa. En cuanto lleguemos á Gijón y se instalen ustedes en la fonda, pasamos recado á don Joaquín para que acuda inmediatamente á ver á un enfermo que acaba de llegar de Madrid.

—¡Hombre, muy bien!

—¡Eso, eso!

—Yo seré el enfermo—dijo Tolosa.

—No. De ningún modo. El enfermo seré yo—replicó D. Rafael, restregándose las manos.—Ya veréis como se la doy á *Escalerilla.* ¡Es una gran idea! ¡Qué demonio de larguirucho! ¡Qué cosas se le ocurren! ¡Cómo se conoce que andas entre cómicos!

Y riéndonos y gozando con la idea de engañar á D. Joaquín, llegamos á Gijón.

Tomamos el ómnibus del Hotel Iberia, y mientras D. Rafael y Manolo se instalaban cómodamente en una habitación del piso segundo que daba sobre el muelle, yo bajé al *comptoir* y escribí en una tarjeta, poco más ó menos, lo que sigue:

«Querido D. Joaquín: Venga usted inmediatamente al Hotel Iberia. Un señor, amigo mío de Madrid, que acaba de llegar, está muy enfermo y quiero que usted le vea. Ocupa la habitación núm. 38. En ella le esperamos á usted con verdadera impaciencia.—Suyo, *Vital.*»

Salió el criado con la carta y yo subí á ver á los viajeros.

El sol poniente de un hermoso día de verano, antes de ocultarse detrás del cabo de Torres, dirigía sobre Gijón sus últimos rayos, inundando de luz la habitación número 38.

—Ya está avisado el médico—dije al entrar.

—¡Magnífico! Pero oye: aquí hay demasiada claridad. Me va á conocer en seguida.

—¿Qué le ha de conocer á usted después de tantos años?

—Hombre, no nos hemos visto; pero le he mandado mi retrato. Mira: entorna esas maderas de los balcones... ¡Ajajá! Esta dulce sombra me favorece... Yo me sentaré allí, en aquella butaca, de espaldas á la luz. Oye, Manolo: procura poner la cara triste, no vaya á conocer la broma.

—Descuide usted, don Rafael. Hasta lloraré si usted quiere.

—No, hijo, no tanto. Á ver; dame ese gabán y deslía la manta. ¡Perfectamente! Tú, Vital, vete al pasillo y avisa cuando llegue.

—¡Allí viene! Allí viene, por la calle de la Trinidad—dije mirando cautelosamente por el entreabierto balcón.—Véale usted.

—A ver, á ver...

—Viene á escape. ¡Claro! Lo urgente del recado.

—¿Pero cuál es?

—Aquel que pasa ahora por delante de la sombrerería. ¿No le reconoce usted?

—¿Pero es aquél? ¡Pobrecito! ¡Qué viejo está! Él nunca ha sido buen mozo; pero me parece más chiquitín que antes. ¡Y cómo corre! Está más ágil que yo, y eso que somos de una edad. Cierra, cierra, no vaya á vernos. ¡Ea! ¡A la butaca!

Y D. Rafael, encasquetándose hasta las orejas su gorrilla de seda, subiéndose el cuello del gabán y envolviéndose en la manta de viaje, se retrepó en la butaca, disponiéndose á empezar la comedia.

Yo salí al pasillo á recibir al esperado don Joaquín.

Era éste un viejecito muy simpático, de ojos pequeños y vivos, de nariz afilada, sobre la que descansaban unas enormes gafas de oro, labios finos, patillitas cortas y bigote á lo Espartero.

A los pocos minutos llegaba el pobre señor, jadeante, al piso segundo del hotel, que era el tercero de la casa.

—Pase usted, pase usted, don Joaquín.

—¿Qué es eso, hombre, qué ocurre?—dijo, respirando con dificultad.

—Entre usted. Aquí está ese caballero.

Y penetramos en la habitación.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!—decía con tono lastimero el fingido paciente.

—Buenas tardes.

—Pase usted, doctor—dijo Tolosa cerrando la puerta para que los demás huéspedes no oyeran los quejidos de don Rafael.

—¡Caramba! ¡Qué obscuro está esto! No veo nada.

—Hemos entornado los balcones porque el señor se queja de fotofobia—repliqué yo.

—¡Ah! Pero ¿se trata de algo de la vista?—dijo don Joaquín acercándose á tientas á la butaca.

—No, señor. No se trata de la vista—suspiró con voz doliente don Rafael.—Siéntese usted.

—Gracias.

—¡Ay!, ¡ay!

—¡Vamos, hombre, vamos! Tenga usted calma. ¿Qué le pasa á usted?

—¡Ay, doctor! ¡Yo estoy muy malo! ¡Muy malo! ¡Ay!

—¿Qué le duele á usted?

—¡Todo el cuerpo!

—¡Caramba, hombre! A ver el pulso... No, fiebre no hay. Algo nerviosillo nada más.

—¡Mucho, doctor! ¡Estoy muy nervioso!

Y al decir esto dió una fuerte sacudida con los brazos, estando á punto de derribar al suelo al pobre D. Joaquín.

Tolosa y yo nos mordíamos los labios para contener la risa.

—Vamos á ver, vamos á ver. ¿Cómo ha empezado esto?

—Pues verá usted. ¡Ay! Yo hace muchos años que no estoy bueno; pero el médico que me asiste en Madrid no comprende mi enfermedad. ¡Es muy bruto!

—¡Hombre, por Dios!

—Sí, señor. Todos dicen que sabe mucho; pero para mí es un animal.

—¿Qué médico es?

—Don Rafael Martínez Molina.

—¡Ave María Purísima! ¡Animal Rafael! Pues si es uno de los médicos más notables de Madrid. ¡Como que le llaman *la Perla de San Carlos!*

—¡No está mala perla! Es un bruto, doctor, créame usted. ¡Ay! ¡Ay!

—Vaya, vaya. Tranquilícese usted.

Y don Joaquín me miró por encima de las gafas como diciéndome:

Este señor no está bueno de la cabeza.

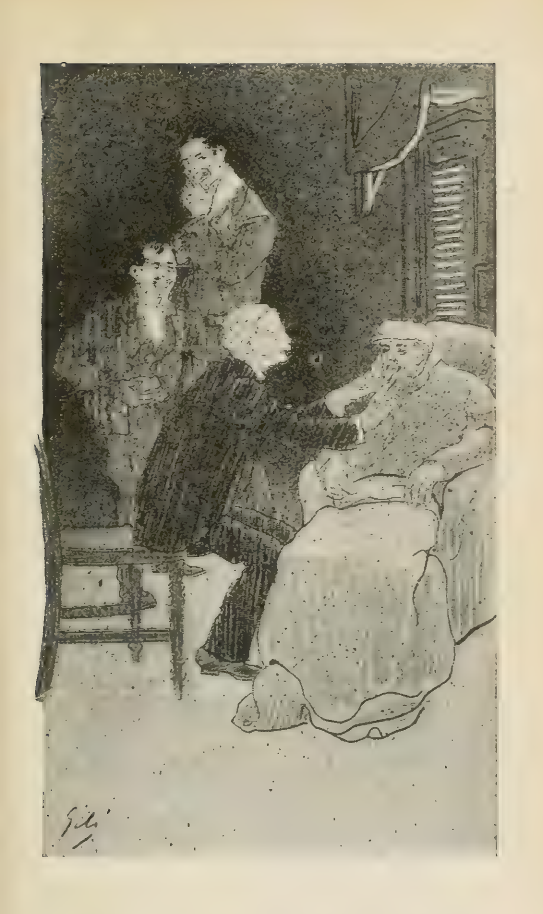
—¡Ay doctor! ¡Yo me muero! ¡Tengo unos dolores horribles!

—¿Dónde?

—Aquí... En el vientre.

—A ver esa lengua.

Don Joaquín encendió un fósforo y don



Rafael frunció exageradamente los músculos de la cara y enseñó la lengua, más con gesto de burla que para que la examinara el médico.

—No; la lengua está húmeda y limpia. ¿Qué ha comido usted en el viaje?

—Casi nada. Cené en Madrid antes de salir, y luego en Venta de Baños, como tenía mucha sed, me tomé dos vasos de leche y una ensalada de pepinos.

—¡Qué barbaridad!

—Me gustan mucho los pepinos, doctor.

—Pues ya está todo explicado.

—No, señor. Los pepinos me han sentado muy bien. Lo que me ha hecho daño es el almuerzo de León.

—¿Pues qué ha almorzado usted?

—Casi nada. Unas truchas en escabeche y una carne en salsa con esas cosas... que dicen que son venenosas.

—¿Con setas?

—¡Eso, sí, señor! ¡Me comí muchas setas!

—Pues no hablemos más. Se trata de una intoxicación.

—¿De qué?

—De nada. Hay que purgarse inmedia-

tamente. Le dispondré á usted una limonada.

—Le advierto á usted que en Oviedo ya he tomado limón y no me ha hecho nada.

—¿Qué ha tomado usted limón?

—Sí, señor. Dos vasos de món helado.

—¡Pero hombre! ¿Y cómo le ha dejado usted tomar eso?—dijo D. Joaquín, dirigiéndose severamente á Tolosa.

—Yo soy muy caprichoso, doctor.

—Ya lo veo, ya. Hay que purgarse en seguida, pero en seguida.

—Tengo muchos escalofríos.

—¡Ya lo creo!

—¡Y sudores!

—Naturalmente.

—Y me duele mucho aquí atrás.

—¿En los riñones?

—¿Dónde están los riñones?

—En los lomos.

—Sí, señor. Me duelen los lomos.

—¿Y los pies? ¿Qué tal?

—Los pies no me duelen nada. Me los arregló el pedicuro antes de salir de Madrid.

—¿Digo que si tiene usted los pies fríos?

—¡Sí, señor! Tengo los pies fríos y la cabeza caliente.

—Como el negro del sermón—dijo Tolosa, sin poder contener la risa.

—¡Oiga usted, joven!—contestó malhumorado D. Joaquín.

—No se incomode usted, doctor. Es que el chico opina como yo.

—¿Qué?

—Que es usted tan animal como Martínez Molina.

—¡Caballero! ¡Esto es una burla que yo no puedo tolerar!

—¡Ea, basta de comedia!—dije yo, abriendo de par en par los balcones.

—¡Eh!

—¡Sí, hombre, sí! ¡Eres un mameluco *Escalerilla!*

—¿Cómo?... ¿Qué? .. ¿Luego usted?... ¿Luego tú?...

—¡Sí, hijo, sí! ¡Mírame!

—¡Rafael!

—¡Joaquinito!

Y los dos viejos se abrazaron estrechamente, sellando con sus lágrimas aquella amistad de cuarenta años.

A Tolosa y á mí se nos humedecieron

los ojos. Y, enjugándose los suyos, decía hiposamente D. Joaquín: ¡Bien me la habéis dado! ¡Carape! ¿Cómo había yo de sospechar?... ¡Y decía el muy pillo que no sabía dónde estaban los riñones!...





Carta abierta

Desde Solares

Querido Juan: Te escribo
desde Solares;
desde este delicioso
quita pesares.
Desde este Balneario
de la Montaña,
que es el más pintoresco
que hay en España.

El paisaje es hermoso;
dulce el ambiente,
y pasamos la vida
tan ricamente.

Yo aquí estoy en la gloria,
fresco y tranquilo,
mientras que tú en la Corte
sudas el quilo.

¡Cuánto te compadezco!
Ven al instante,
que Madrid en agosto
no hay quien lo aguante.

Es la acción de estas aguas
maravillosa;
para calmar los nervios
no hay mejor cosa.

Aquí llega un sujeto
loco perdido,
y está á los pocos días
desconocido.

Las aguas son sedantes
de tal manera,
que aquí nadie se irrita,
nadie se altera.

No hay nunca discusiones
acaloradas,
pues, á más de ser gentes

bien educadas,
calma el agua los nervios
y esto se explica:
el carácter más agrio
se dulcifica.
¿Que alguien que no es agüista
busca cuestiones?
Le das, sin alterarte,
dos bofetones.
Y como están tus nervios
equilibrados,
resultan los cachetes
justificados.
¿Padeces de dispepsias?
¿A qué te apuras?
Ven aquí dos semanas
y aquí te curas.
Las aguas de Solares
son digestivas,
y, como según dicen,
son *radio-activas*,
activan de tal modo
las secreciones,
que aquí no hay nunca atascos,
ni indigestiones.
¿Qué hay aquí inapetencias?
¡De ningún modo!

Aquí los más enfermos
comen de todo.
Y hasta hay inapetentes
que, aunque se quejan,
se comen al fondista
¡si se lo dejan!
Quien padezca de insomnio
venga á estos baños
y hará acopio de sueño
para unos años.
Y verá cuando goce
de tal acopio,
que estas aguas son aguas
que dan el opio.
Aquí dormimos todos
como benditos;
unos acompañados
y otros solitos.
Hay quien duerme nueve horas
igual que un leño
y se pasa la tarde
muerto de sueño.
Y conozco á un bañista
que el inocente
duerme diez ó doce horas
únicamente,
y no despierta el pobre

¡quien lo dijera!
sino le da un pellizco
la camarera.

Con que, Juan, ya lo sabes,
deja la Corte;
que ese calor no hay cuerpo
que lo soporte.

Ven á este hermoso sitio;
ven á Solares,
que este es un verdadero
quita pesares...





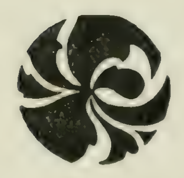
Al pie de la letra

Mi amigo Melchor Balboa,
recién llegado de Andía,
fué á caballo el otro día
De paseo á la Moncloa.
Llegó al pinar, y al entrar
vió este letrero Melchor:
Se prohibe el paso por
las calles de este pinar.
La orden, dijo, es muy chocante,

mas la cumplo, sin embargo

. . . .

Y se metió á trote largo
por el pinar adelante.
  Pero un guarda le paró
diciéndole:—¡Caballero!
¿No ha visto V. el letrero?
¡Está V. multado!
—¿Yo?
Hombre, no sea V. zote,
que yo el mandato cumplí.
¿Se prohibe *el paso*?
—¡Sí!
—Pues por eso voy *al trote.*





Instantáneas

I

—¿Qué le ha pasado á Menchaca,
que es fotógrafo muy ducho,
retratando ayer á Paca?
—Pues que le dió un arrechucho
y no *impresionó* la placa,
¡pero él se impresionó mucho!

II

A *revelar* se encerraron
Pepe y Luz, según dijeron,
y ni una placa obtuvieron,
pues todas se les velaron.
Y al saberlo, Paco Cruz
dijo, echándose á reir:
—¿Cómo habían de salir
yendo á revelar con *Luz?*

III

—¿Qué tal?—á un aficionado
preguntó un profesional.
¿Cuántas placas has *tirado?*
Y él contestó muy formal:
—Pues todas las que he tomado,
porque me salieron mal.

IV

A la hermosa Rosalía,
hija de un viejo ricacho,
le hace el amor un muchacho
dado á la fotografía.
Hoy fué á su casa, atrevido,

sin permiso del papá,
y éste al verle, claro está,
se quedó muy sorprendido.
—¿Qué le trae por aquí?
le dijo en tono zumbón.
—Pues... cosas de mi afición...
Que pasaba por ahí,
y me dije: voy á ver
si á la hermosa Rosalía
le hago una fotografía
como las que yo sé hacer.
—¡Caramba!
—Pues, sí, señor,
Es sólo cuestión de un rato.
¡Ya verá usted qué retrato
le hago á la chica! ¡Un primor!
Es mi máquina especial,
y saldrá perfectamente.
Mi *objetivo* es excelente.
Me ha costado un dineral.
¡Qué objetivo! ¡No concibo
nada igual para un retrato!
—Pues guárdese el aparato
y guárdese el objetivo.
—¿Qué?
—¡Nada! Todo se explica.
¿Con que su objetivo, eh?

¡El *objetivo* de usté
es la dote de la chica!

V

Mil pesetas pagó Don Timoteo,
por retratar á la famosa Cleo,
y el hombre, cual reliquia bien pagada,
guarda la *negativa* codiciada.
La cosa es estupenda y nunca vista.
¡Dios mío! (me pregunto con espanto).
¿Qué valdrá un *sí* de la sin par artista
cuando una *negativa* vale tanto?





Prólogo

de los CUENTOS DE MI TIERRA, *de Narciso Díaz de Escovar*

Si te lleva, lector, tu buena estrella
alguna vez á Málaga la bella,
en cuanto llegues vete á visitar
á D. Narciso Díaz de Escovar.
¿Qué ya sabes quién es? ¡Y quién lo duda!
¡Pues si es más conocido que la ruda!

Mas tú conoces sólo al literato,
y no le tratas como yo le trato;
que si es como escritor de lo mejor,
el hombre vale más que el escritor.
Procura su amistad, que es conveniente
tener un *cicerone* inteligente.
Él te hará ver de Málaga la bella
cuanto hay de raro y de curioso en ella
Y no habrá callejuela ni rincón
que se quede sin una tradición.
De Hostégesis sabrás cosas curiosas;
te dirá de Yahía muchas cosas;
conocerás de algunos Hammuditas
hechos que ignoran gentes eruditas,
y de Hamet el Zegrí sabrás un raro
suceso acaecido en Gibralfaro:
suceso que á Escovar contó un gualí
que era primo segundo del Zegrí.
¡Todo lo que fué Málaga en la Historia
se lo sabe Narciso de memoria!

—

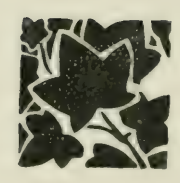
Vete á verle, lector, en su casita
(Zorrilla, 2) muy cuca y muy bonita,
y allí le encontrarás en su despacho,
dándose de lectura algún empacho,
tomando notas, comentando leyes,

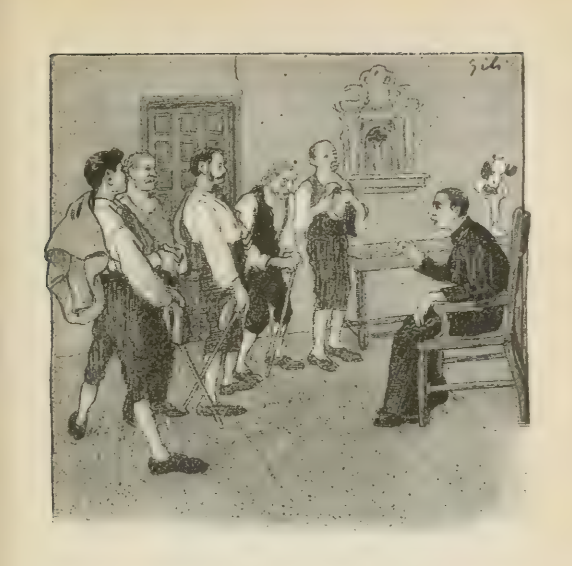
ó hablando de arte con Arturo Reyes,
ó escribiendo cantares amorosos,
ó revolviendo libros muy curiosos,
pues guarda palimpsestos muy notables
y tiene una fortuna en incunables.
Allí le encontrarás seguramente
¡que es un trabajador impenitente!
Bibliófilo, poeta y abogado,
de igual modo defiende á un acusado,
que á una cómica antigua y olvidada
la saca con sus citas de la nada,
ó con placer macabro desentierra
á algún notable artista de su tierra...
No le hables de comedias, porque en eso,
como Narciso suelte la sin hueso,
puedes tomar asiento y retreparte,
pues no hallarás manera de marcharte.
No se ha escrito comedia en castellano
que él no tenga en un plúteo siempre á mano.
De los autores que del Siglo de Oro
nos legaron en letras un tesoro,
sabe lo que pensaron, lo que hicieron,
los líos amorosos que tuvieron,
y habla de Tirso y Lope, sin jactancia,
como de sus amigos de la infancia

—

Vete á verle, lector, y al presentarte
dale muchos recuerdos de mi parte,
y dile que le quiere y que le abraza
su amigo y compañero

VITAL AZA.





La sequía

Con tristeza el alcalde repetía:
—«Nunca se vió tan pertinaz sequía.
¡Tres meses en Asturias sin que llueva!
¡Esto es atroz! Si Dios no nos envía,
de su bondad en prueba,
ocho días de lluvia bienhechora

y sigue el sol quemando como ahora,
queda el pueblo infeliz
sin yerba, sin manzana y sin maíz.»

—

Y tenía razón más que sobrada
para temer del hambre los rigores.
Los pobres labradores
veían la cosecha malograda;
el río, en otro tiempo caudaloso,
dejaba todo el cauce al descubierto;
el monte, antes verdoso,
era un terruño requemado, muerto;
no encontraba el ganado
pasto ninguno en el sediento prado,
y se afligía con razón la gente
al ver secarse la copiosa fuente...

—

En esto, al más anciano de la aldea
se le ocurrió una idea.
—¡Fuera temores!,—dijo.—¡Cese el llanto!
Yo conozco el remedio en las sequías.
Hay que sacar en procesión al Santo...
—¿A qué Santo?
—¡Al patrono! ¡A San Elías!
¡Santo más milagroso no es posible!
Hace unos cuarenta años, lo recuerdo,

hubo en el pueblo una sequía horrible;
el párroco de entonces no era lerdo,
y al ver llorar á la angustiada gente
sacó al patrono en procesión, y en cuanto
salió del templo el milagroso Santo,
encapotóse el cielo de repente
y comenzó á llover de tal manera,
que hubo, al fin, que pedir que no lloviera.

—

Viendo todos su dicha ya segura,
fueron sin dilación á ver al cura,
que era un santo varón, listo y discreto,
y á quien todos trataban con respeto.
—Señor cura—dijeron,—es forzoso
sacar en procesión á San Elías,
que es un Santo muy bueno y milagroso
y remedio seguro en las sequías.
—¿Procesiones decís?
—¡Sí! Deseamos
sacar al Santo en procesión mañana;
que si él no hace un milagro, nos quedamos
sin yerba, sin maíz y sin manzana.
—Poco á poco, hijos míos—dijo el cura
con marcada dulzura.—
Comprendo que es muy justa vuestra queja;
rezad, pedid á Dios que nos proteja

y nos conceda el bien apetecido.
Para eso no hacen falta procesiones.
Yo también en mis santas oraciones
con fervor se lo pido,
pues el mal que presiento
tanto ó más que vosotros lo lamento.
—¡Queremos procesión!
—¡No hay procesiones!
—¿Por qué razón?
—Yo tengo mis razones.
Pedid amparo á la bondad divina;
pero dejadme al Santo en su hornacina.

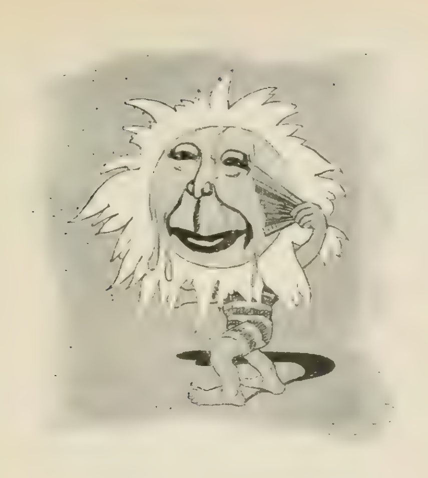
—

Aquella negativa contundente
produjo gran disgusto entre la gente,
y no faltó un menguado
que le fuera con quejas al prelado.
Llamó el obispo al cura, y diligente
acudió el señor cura puntualmente,
y al oir la razón de ser llamado
le contestó al obispo lo siguiente:
—«Tengo, señor, tranquila mi conciencia.
Si me han juzgado mal, yo los perdono;
pero no vi, señor, la conveniencia
de pedirle milagros al patrono.
—¿No tienen fe en el Santo?

—¡Sí! ¡Muchísima!
Por eso mismo, por la fe que tienen
Creo que ciertos actos no convienen.
—No lo comprendo.
—Escuche su Ilustrísima.
Le diré la razón que yo he tenido
para negarles lo que me han pedido.
Implorando la lluvia el otro día
en el pueblo inmediato,
sacaron de la iglesia á San Torcuato;
y, según me asegura
mi amigo y compañero el señor cura,
al ver que continuaba la sequía
perdió el pueblo la fe que antes tenía
y no falta algún necio
que hable de San Torcuato con desprecio.
Yo no quiero, señor, que en mi curato
donde las gentes son muy religiosas,
mañana un mentecato
diga de San Elías esas cosas
que en el pueblo inmediato
dicen hoy del bendito San Torcuato.
Tengo, señor, observaciones mías.
La lluvia ha de tardar. ¡Es evidente!
—Pero ¿en qué funda usted sus profecías?
—En que tengo un barómetro excelente
que está subiendo mucho hace ocho día

¡Mis creencias, señor, no son impías!
No quiero que á mi Santo se le ultraje,
y mientras el barómetro no baje
no saco en procesión á San Elías!»





Julio

Julio, según dice Tulio,
lleva este nombre en honor
de César el Dictador
que se llamaba Don Julio.
A Júpiter consagrado,
cuando Rómulo imperaba
á este mes se le llamaba
Quintilis el deseado.
(Ya sé que esta introducción

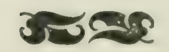
tú, lector, criticarás;
pero nunca está de más
un poco de erudición).

Este mes de hermosos días
y en el cual *Sol* entra en *Leo*,
es el mes del veraneo
y el mes de las romerías.

En este dichoso mes
el bañista se arregosta,
y hay quien lo pasa en la costa
á costa de algún *inglés*.

En él celebran sus días
las Cármenes, los Abdones,
los Santiagos, los Trifones,
las Anas y los Elías.

Y hay, como debes saber,
tres santos que en Julio están
en boga: San Sebastián
y San-turce y San-tander.





Revista de salones

LA SOIRÉE DE LOS SEÑORES DE GUTIÉRREZ

¿Quién no conoce á los Sres. de Gutiérrez? Sólo hace veinte años que viven en Madrid, y es ya incontable el número de sus amigos. Por la bondad de su carácter, por la finura de sus maneras y por la elevada posición que ocupan (pues viven en un cuarto cuarto con entresuelo, en la calle de la Madera Alta), han sabido captarse las simpatías de todos los vecinos de la casa.

Los esposos Gutiérrez están orgullosos de sus muchas relaciones.

¡Ojalá que pudieran decir otro tanto de las de su niña!

Pero, desgraciadamente, la encantadora Paquita hace ya nueve años que tiene relaciones con un alférez de reemplazo...

El Sr. de Gutiérrez es uno de nuestros primeros profesores de lengua francesa.

Los discípulos se hacen lenguas de la habilidad de su maestro.

—¡Triste destino el mío!—suele exclamar á solas el Sr. de Gutiérrez.—¡Tener que ganarme la vida enseñando esta lengua á tanto animalucho!

*
* *

Anoche, y con motivo de haber sido agraciada la señora de Gutiérrez con una aproximación en el último sorteo, invitó á sus numerosos amigos á una *petite soirée*, en celebración de tan fausto acontecimiento.

—¡Esta es la única vez que he visto *agraciada* á mi esposa!—decía el satisfecho marido.

—¡Lo creemos!—exclamaban algunos in-

vitados, mirando con sorna á la señora de la casa.

***

A las diez de la noche, la reducida sala y el mezquino gabinete de los Sres. de Gutiérrez,—brillantemente iluminados por dos bujías y un quinqué de porcelana con pantalla de flores artificiales—estaban materialmente atestados de una tan elegante como escogida concurrencia.

—*¡Asseyez vous! ¡Asseyez vous!*—decía con afectada galantería el dueño de la casa á los muchos que, en vano, buscaban donde sentarse.

—*Siéntesen Vds.*,—exclamaba la señora traduciendo al *castellano* la afrancesada invitación de su esposo.

Pero... ¡imposible! El número de los concurrentes era muy superior al de las sillas, por lo que algunos decidieron trasladarse al oscuro pasillo, y á la no menos oscura cocina, donde una robusta alcarreña recibía con estrepitosas carcajadas las cuchufletas y pellizcos de sus amantes contertulios.

A las diez y media el Sr. de Gutiérrez

dió la voz de ¡música! ¡música! Y se abrió el piano.

Un piano de cola. (¡De mucha cola! ¡Como que está lleno de piezas encoladas!)

La señorita de Rodríguez, que lucía un elegante vestido de lana de color de paja molida con adornos de yerba seca, tocó á cuatro manos con la hija de la casa, es decir, con la hija de los Sres. de Gutiérrez, una preciosa habanera, titulada *La cebolla*, que mereció los honores de la repetición.

No pasaremos adelante sin decir que la bellísima Paquita vestía, con su proverbial elegancia y distinción, una airosa bata de percal á cuadros con ribetes azules y lazos amarillos, ostentando sobre su enmarañada cabeza una brillante diadema de acero bruñido salpicada de gruesos brillantes, que deben de ser americanos, puesto que la alhaja es regalo de un tío que tiene en América.

La señorita de Pérez, que desde que han dejado cesante á su señor padre, distinguido escribiente de Fomento, viste el hábito del Nazareno, cantó después con *mucho gusto*, según dijo ella cuando la invitaron,



una preciosa romanza con letra bastardilla, titulada *Ayes y suspiros de una tórtola afligida*, original de un músico de regimiento, con quien dicen que está para casarse tan distinguida aficionada.

El notable violinista, Sr. de González, artista premiado... en una de las últimas extracciones de la Lotería Nacional, tocó, entre nutridos aplausos, una preciosa fantasía sobre *motivos fundados.*

Y en esto terminó el concierto y dió principio el baile, que se prolongó hasta las doce de la noche, hora en que se abrió el comedor... que volvió á cerrarse tan pronto como los invitados recogieron los sombreros y abrigos que en revuelto desorden estaban colocados sobre la mesa en que suelen comer los Sres. de Gutiérrez.

Los invitados han salido satisfechos de la esplendidez y galantería de los señores de la casa.

Ha sido, en verdad, una *soirée* que hará época en la calle de la Madera Alta.

En ella estaban representadas la belleza, la elegancia, la distinción y la sobriedad, por las señoras y señoritas de Rodríguez, González, García, Pérez, Gómez y otras

muchas, de cuyos apellidos no podemos acordarnos.

El sexo feo tuvo también un brillante contingente. Allí estaban, por ejemplo, dignamente representadas las artes y las letras, por los señores Ortiz y Peláez, distinguidos pintores de rótulos; la alta banca, por los Sres. Gómez y Pérez, dignísimos escribientes del Banco de España; y la política, por los señores García y González, infatigables y consecuentes meritorios del Ministerio de la Gobernación.



A última hora hemos sabido que los señores de Gutiérrez se proponen obsequiar á sus numerosos amigos con una nueva *soirée*, tan pronto como regresen del viaje que tienen proyectado á Carabanchel de Arriba.





La sidra

Como no soy en sidra competente,
pues no bebo más que agua de la fuente,
me dirigí á *Pepín el de Miyares*,
filósofo y sidrero impenitente
que se pasa la vida en los lagares,
y el gran Pepín me dijo lo siguiente:
«No hay bebida más sana
que el zumo embriagador de la manzana.

Y como fué tan codiciado fruto
por el que Dios lanzó del paraíso
á Eva y á Adán, y estamos los mortales
—por culpa de esa tonta y ese bruto—
sufriendo los castigos terrenales,
Dios, que es muy bueno, consolarnos quiso,
y así le dijo un día á la manzana:
—*Tú vas á ser, porque me da la gana,*
mi fruto predilecto. ¡Huye, serpiente!
¡No más á la mujer ni al hombre acoses
y déjalos vivir tranquilamente!
El zumo de manzana es excelente.
¡La sidra será el néctar de los dioses!
¡Bien sabía el Señor lo que se dijo!
Y no es la sidra dulce, achampañada,
(propia de damisela remilgada),
la que los dioses beberán, de fijo.
Es la pura, la limpia y transparente,
cuyo grato amargor nos enajena;
la que busca el sidrero inteligente:
¡la sidra de tonel! ¡Esa es la buena!
Hay quien suele decir que es irritante:
que hay que beber muy poca. ¡Qué simpleza!
¡Si no se sube nunca á la cabeza!
Se bebe y se desbebe en un instante.
¿Que emborracha decís? ¡Qué poca lacha!
La sidra alegra, pero no emborracha.

Si, por ejemplo, en noche tenebrosa,
un hombre que ha bebido unos *culetes*
va á su casa y le pega unos cachetes
á la señora madre de su esposa,
que es, según dicen todos, una arpía,
eso no es borrachera, ¡es alegría!
Quédese el pernicioso alcoholismo
para esos bebedores imprudentes
que marchan de cabeza hacia el abismo
y abusan de los vinos y aguardientes,
que son unas bebidas indecentes.
Gente incivil, de espíritu bellaco.
¡Así la sociedad se desmorona!
¡Esos son los discípulos de Baco!
¡Nosotros los amantes de Pomona!
La sidra es panacea;
Bálsamo que al espíritu recrea
y da fuerza y vigor al organismo.
Y conste que esta idea
no es mía, es de un doctor muy afamado.
Me la dijo ayer mismo
bebiendo en un lugar muy retirado
y comiendo en mi amable compañía,
el *centollo* más grande que allí había.
El buen doctor decía entusiasmado:
—Yo no he sido jamás un temulento.
Veo en la sidra un gran medicamento.

Esta bebida es *tónica*, *sedante*,
febrífuga, *diurética* y *laxante*.
No hay agua de Vichy ni de Vittel
comparable á la sidra de tonel;
y contra los atascos de la bilis
en la *sidro-terapia* está el busilis.—
Esto dijo el doctor, y yo lo apruebo.
Vayan al diablo vinos y licores.
Sidra no más á todas horas bebo
y tengo una salud de las mejores.
¡Y no cambio un copino de manzanas
por todas las bodegas jerezanas!

—

Como en esto no tengo opinión propia,
de lo que habló *Pepín* con pico de oro,
os transcribo, lectores, esta copia,
y me retiro humilde por el foro.





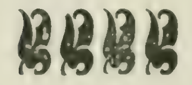
Cosas del «Guerra»

Pasé con Guerra, el torero,
unos días en Cestona,
y Rafael, que es persona
de muchísimo salero,
con su ingenio peregrino
encantados nos tenía,
pues con todos discutía
de lo humano y lo divino.
Estando un día sentados
á la hora del café,

nos hablaba de no sé
qué lances muy apurados,
cuando con ruido espantoso
llegó al Establecimiento,
imponente y polvoriento
un automóvil precioso.
—Jozú, qué chizme tan feo—
dijo el Guerra.
—¡Tonterías!
Eso es lo que tú debías
tener para tu recreo.
—¿Yo, automóvil?...
—¡Claro está
—¿Yo á fogonero metío?
¡Si no jasen más que ruío!
¡Si eso no sirve pa na!
—Este es un *Dion Boutón*,
de fuerza, como conviene.
—¿Cuántos cabayitos tiene?
—Treinta y cinco.
—¡Pus ya son!
—Anda, y gástate el dinero
y hazte *chauffeur*.
—¡No en mis días!
—Con un coche así podías
dar la vuelta al mundo entero.
—¿Er Guerra automovilista?

Caye ozté por Dios, compare;
porque el hijo de mi mare
no se mete á maquinista.
  Quiero cabayos enteros;
jacas de sangre y valor;
no esas jacas de vapor
que inventan los extranjeros.
  Cuando me voy á la sierra
guiando mi faetón
con sinco jacas que son
lo mejó que hay en mi tierra,
  voy tranquilo, como ahora,
porque en las manos las yevo
y yo con eyas me atrevo
á desir: Yego á tal hora.
  Si á una le da un torosón
y se muere de repente,
ayudao de la gente
que yevo en er faetón,
  retiramos al instante
la jaca que ha fallesío,
y con las cuatro ¡al avío!
¡Arreo y ando palante!
  ¡Y yego! ¿No he de yegar?
Pero ¿me quié osté desir
si ese *chaufer* puede ir
adonde piensa al marchar?

¡Que no! Porque á lo mejor
por cualquier lanse importuno
le da un torosón á uno
de esos jacos de vapor,
y aunque treinta y sinco yeva
con uno que enferme basta
pa renegar de su casta
sin que el demonio lo mueva.
Y ayí estará el *Don Botón*
arrimao á una cuneta
esperando á una carreta
como única solusión.
¿Qué sirven, vamos á ver,
treinta y sinco jacos de esos
que cuestan miles de pesos
y no se pueden mover?
¡Treinta y sinco! ¡Qué farsantes!
¿Que uno se estropea? ¡Bah!
¡Pues ya no sirven pa na
los treinta y cuatro restantes!





Mandato

—Haga usted un soneto á una corista—
dice Francos, autor de *El Señorito*,
y yo en estos renglones me permito
probar que su candor salta á la vista.
A una *chica del coro*, amable y lista,
y que tenga además un buen palmito,

yo le haría con gusto un papelito
para halagar su presunción de artista.
  Le haría un buen regalo por hermosa,
ó una caricia, si ella la prefiere;
quieras que no, le haría la forzosa;
  le haría hasta el amor... ó lo que fuere;
le haría, en fin, ¡quién sabe! Cualquier cosa.
¿Pero un soneto?... ¿Para qué lo quiere?





Lengua trufada

Mi amada Restituta: Aquí te envío
la respetuosa carta que á tu tío
y tutor don Urbano
le dirijo pidiéndole tu mano.
Como es un académico cargante

que no admite una broma
y se pone furioso en el instante
que uno ataca los fueros del idioma,
en culto le dirijo la misiva,
ya que quiere que en culto se le escriba.
Todo el año pasado
no cesó de llamarme *mal hablado*
¿Y por qué? ¿No te acuerdas, Restituta?
Pues porque un día le llamé *viruta.*
¡Qué nervioso le puso esa palabra!
¡Si está el pobre más loco que una cabra!
«¡Es usted un *estólido*, un *nesciente!...*»
me dijo, y yo se lo aguanté prudente.
Hoy que empieza año nuevo, vida nueva.
Voy á darle una prueba
á tu apreciable tío don Urbano
de que como él domino el castellano.
Él, que la da de sabio y erudito,
descifrará lo escrito.
Por algo es académico... y pedante.
(De *acá* no tiene nada el pobrecito;
pero *demico* tiene lo bastante.)
Ahí va la carta. Dásela al instante,
y sabes que te quiere tu

Pepito.»

«Respetable don Urbano,
de los sabios *non plus ultra*,

no es este pliego una *plica,*
es solamente una súplica.
Y pues á usted nuestra lengua
aderezada le gusta,
la trufaré con vocablos,
que harán las veces de trufas.
Pávido á usted me dirijo
y *murrio*, porque es la murria
dolencia de los amantes,
si hay en el amor *yactura.*
No me dé con la de rengo
y haya luego una repulpa,
que mi corazón no es *sáxeo*
y mi *obduración* es mucha.
Tiene usted una sobrina
que es una joven *venusta*,
ojizarca, y me enamora
su hermosa nariz *adunca.*
Por ella paso la vida
ruando, pues ¿quién no *rúa*
y *barzonea*, si es ella
mujer que cual sol alumbra?
Goce yo de sus destellos
y no me deje en la *umbra*,
ni me venga usted con *vayas*
ó *cantaletas* ó zumbas.
Yo, de sus encantos *prono*,

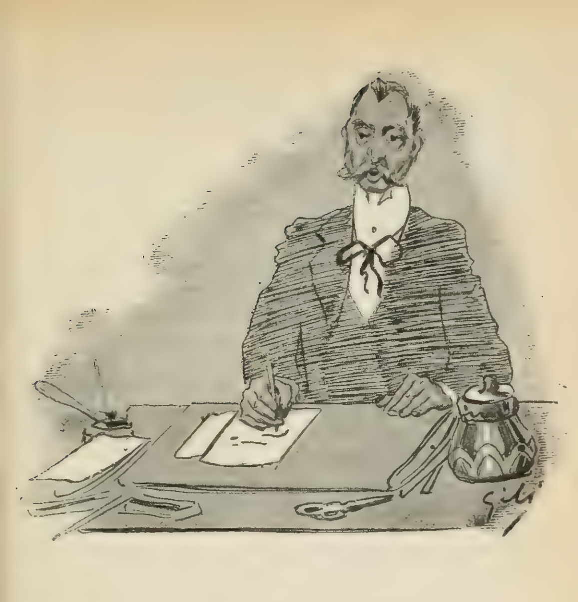
no vivo sin Restituta,
y con un ¡no! *truculento*
será mi *occisión* segura.
Del amor en la pendiente
estoy en la *varga* brusca,
y *perecear* no quiero
magüer me mate la angustia.
Aunque á veces soy *vilordo*
como quien su mal *remusga*,
noto es mi amor, y no temo
lo que diga un *otacusta*.
¡Vaya al diablo el *sicofante*
que *badomías* abulta,
y en *pecinal* trocar quiere
las honras más *impolutas!*
No me llame usted *ribaldo*
ó *nefario*, que me *añusca*;
jamás me he *dado á la briba*,
ni ando á la gandaya nunca.
Ninguno podrá *gazmiarse*
de faltas de mi conducta,
que soy honrado y no dejo
jamás las *chuecas inultas*.
Sea usted, pues, el *costrivo*
del que *exultaciones* busca,
y no haya *zuiza* y acalle
á un triste pecho que *ulula*.

Sea por usted *agible*
el *nexo* de mi coyunda,
y á quien es amante *mego*
no mande usted *á la dula.*»

«Querido Pepe: ¡Vaya un capricho!
Al pobre tío vas á matar,
pues no comprende lo que le has dicho,
y está furioso; ¡no lo ha de estar!
Con diccionarios y textos anda
buscando frases... ¡Pobre señor!
No es *á la dula* donde te manda.
Es... á otro sitio mucho peor.
«*¡Me toma el pelo!*» ¡Esto es un *bulo!*»
dice ya el tío... ¡Pobre de mí!
¡Si hasta prefiere que hables en chulo
á que le escribas cartas así!
¡Por Dios, Pepito! ¡Yo te lo ruego!
Mi mano pides, y se acabó.
Pero habla claro; no hables en griego.
Que lo entendamos mi tío y yo.
No hagas que el tío se desespere.
¡Que mis angustias lleguen al fin!
Sabes, mi vida, cuánto te quiere
tu

Restituta.

¡Adios, monín!»



Á un empresario nuevo

(En la inauguración del teatro *Celso*, de Oviedo)

El aprieto es regular...
¡Con qué pregunta me sales!
¿Qué consejos te he de dar?
¿Quién se atreve á aconsejar
en asuntos teatrales?
Aquí copiadas te dejo

ciertas memorias escritas
por un empresario viejo.
Ellas, si lo necesitas,
te servirán de consejo.

—

«Con una compañía muy malita,
gané en Villaconejos mucha *guita.*
Por gratitud volví al año siguiente
con una compañía muy decente;
pues creía, como era natural,
que iba á ganar con ella un dineral.
Pero ¡ay! que la fortuna es muy veleta
y allí perdí hasta la última peseta.
¡Oh amigos empresarios!
no hagáis para el negocio calendarios;
que en cuestión de teatros, el más listo
nunca puede contar con lo imprevisto.»

—

«Hay en toda población
tres familias—¡oh baldón!—
que aunque nos bailen el agua
serán nuestra perdición:
las de *Momio*, las de *Guagua*
y los chicos de *Gorrón.*»

—

«Si una tiple honrada y bella
algún disgusto te da,
no exacerbes la querella,
pues ella se calmará;
pero tiembla si con ella
viaja siempre ¡su mamá!»

—

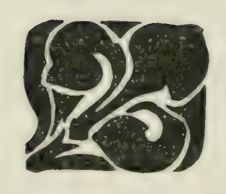
«No pierdas ¡oh empresario! los estribos
y guarda tu honradez como un tesoro.
¡Huye de los encantos sugestivos
de las niñas del coro!
Que hay corista tan lista,
que con habilidad extraordinaria,
empieza humildemente de corista
y acaba muchas veces de empresaria.»

—

«El público te ha de dar
la norma que has de seguir;
su consejo has de escuchar,
pues con él has de vivir.
En la teatral refriega
tan sólo al público halaga,
que el público es el que pega,
pero es también el que paga.»

—

Estos los consejos son.
Guárdalos en tu memoria
por si llega la ocasión,
y aquí paz y después gloria
y ¡abur! ¡Y arriba el telón!

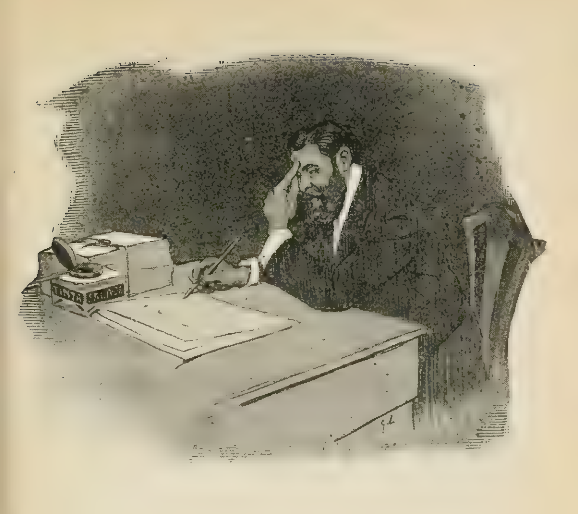




P de T

El domingo en la corrida,
á la que fuí por mi mal,
un empleado me estuvo
molestando sin cesar.
Le sufrí con calma un rato,
pero ya no pude más,
y le dije:—¡Caracoles!
¿Me quieres dejar en paz?

—Señorito, yo lo siento,
pero debo acomodar
á la gente.
—¿Acomodarla?
¡Incomodarla dirás!
Siempre te tengo delante
y así no puedo mirar.
—¿Qué quiere Vd. que le haga?
La empresa lo manda.
—¡Quiá!
La empresa dice en tu gorra
cual es tu destino.
—¿Cuál?
—¡Pues hombre, no seas bruto!
P de T. ¡Bien claro está!
—¿*P de T*? ¡Plaza *de* Toros!
—No señor. ¡Ponte *de* Tras!



Propio y ajeno

EPÍSTOLA

A Rafael Coello.

Hoy me siento filósofo. El cielo denso y plomizo; el aire tibio que se tamiza á través de las persianas de mi balcón; el monótono orbajo que humedece la atmósfera haciendo gotear á las hojas de los árboles

lágrimas de agradecimiento; el piar amoroso de las golondrinas que anidan bajo el alero de mi tejado; el lejano chirrido de la carreta campesina; el penetrante silbido de la locomotora minera que, como el antiguo *ixuxú*, es el grito de guerra de los modernos astures; los numerosos volúmenes que, en alineados plúteos, me brindan pródigos su sana lectura y desinteresados consejos... Todo parece llevarme á la reconcentración del pensamiento.

Leo y medito, y mi espíritu vacilante se acobarda al reconocer su propia pequeñez; pero pronto se ensancha, se ilumina, bañándose en las oleadas de luz que brotan de la sabiduría ajena...

La lectura me embriaga...

Admiro al que crea, no al que se asimila furtivamente lo que otros han pensado.

Balmes lo ha dicho: «Un genio es una fábrica; un erudito es un almacén.»

Para vivir en este mundo no basta almacenar lecturas, si éstas sólo han de dar trabajo á la memoria dejando descansar á la razón. «No se vive de lo que se come, sino de lo que se digiere,» ha dicho el fisiólogo.

La práctica de la vida exige algo más que el conocimiento de los libros. Las pasiones humanas; la prosa de la existencia, no se estudian en las bibliotecas, sino en la eterna lucha consigo mismo y con los demás. En conocer esto estriba la verdadera sabiduría. Ya lo ha dicho el pensador: «Conocemos los libros más que las cosas, y el ser sabio consiste en conocer cosas y no libros.»

Perdona ¡oh, tú, mi amigo del alma! que hoy, al sentirme filósofo, me permita el atrevimiento de darte consejos.

La edad me autoriza. Tú estás, por tu ventura, en la divisoria de la vida; yo desciendo, bien á pesar mío, por la rápida barga que lleva al ocaso...

He dicho *bien á pesar mío*, y este mismo pensar acelera mi vejez, pues como decía el Barón de Feuchtersleben: «Nada hay que haga envejecer tanto como el miedo continuo de volverse viejo.»

Cierto es también que, como asegura Chateaubriand: «Un viejo es dos veces niño.»

Toma, pues, mis consejos, no como chocheces de anciano, sino como jugueteos de chiquillo.

—¿Por qué—dirás tú—no me dejo de gárrulas filosofías y no empleo mi vagar en el cultivo de la literatura dramática?

«Tres cosas hay difíciles en el mundo, dice Chilón: guardar un secreto, sufrir con paciencia y emplear bien el tiempo.»

Esto último justifica mi conducta. El conocimiento de mis propias fuerzas me asusta ante lo difícil del propósito. Pienso en lo que debo hacer, pero vacilo y tiemblo.

Te hablo con sinceridad. No es este un alarde de exagerada modestia. Pienso con Chenier que el «exceso de modestia es un exceso de orgullo,» y creo lo que dice el gran Bellini: «El que vive del Arte debe morir á los cuarenta años. Desde esa edad el genio se atenúa y se pierde la gloria que deben recoger y recogen los demás.»

Bien sabe Dios que ni yo me creo un genio, ni mucho menos tengo ganas de morirme.

Mis temores están justificados. No es que me arredre el vapuleo de los aristarcos. Ya sé que, como decía muy bien el insigne Boileau: «La crítica es fácil y el arte difícil.» Y como afirma el mismo autor:

«Un tonto encuentra siempre un tonto mayor que le admire.» Y por si esto fuera poco, San Jerónimo decía: «Por imbécil que sea un autor, siempre encuentra un lector que se le parezca.»

No busco iguales míos. Lo que temo es la indiferencia de los demás. Siento horror al vacío.

Fr. Sebastián Conde decía: «Libro que corre sin apología, sin censura, sin que contra él se escriba, le tengo lástima; porque, ó no tiene novedad en la invención, ó es libro de que están llenos los libros.»

Sé que tú te reirás de mí. No importa. No he de preguntarte por qué. «Cuando se ríe mi amigo—dice Desmay,—á él le toca manifestarme la causa de su alegría; pero cuando llora, yo soy quien debe descubrir la causa de su tristeza.»

Ríete en buena hora, que la alegría es el rocío del alma. Ya lo ha dicho Bergeon en su *Ensayo sobre la risa*: «Nada hay cómico fuera de lo que es propiamente humano. Hay quien define al hombre diciendo que es un animal que sabe reir. Mejor se diría que es un animal que hace reir.»

Ríete, pues, de mí y búrlate de mi ig-

norancia. Con Sócrates digo: «Yo lo único que sé es que no sé nada; pero sé más que otros que creen saber lo que en realidad ignoran.»

No olvides nunca que hay tres clases de ignorancia: «No saber nada, saber mal lo que se sabe y saber una cosa distinta de la que debe saberse.»

Sé parco y prudente en tus aspiraciones, pues, como dice el adagio: «No es pobre el que tiene poco, sino el que desea mucho.»

Resígnate con tu suerte y piensa, con San Pablo, que «bien puede llamarse rico el que se contenta con su suerte,» y que Cleanto decía que «el mejor modo de ser rico es ser pobre de deseos.»

Sé firme y tenaz en tus propósitos, pero si te convencen de tu error, no prosigas. «La terquedad —dice Descuret,— no es más que la energía de los necios.»

No busques muchas veces la verdad de las cosas. Sería tarea inútil. Demócrito ha dicho: «La verdad está en el fondo de un pozo.»

Trata siempre con dulzura á tus inferiores, sin que éstos, al servirte, necesiten

humillarse. «La verdadera grandeza, según Darú, es la que no necesita de la humillación de los demás.»

Si alguna inobediencia te contraría, no te enojes, y si te enojas, no castigues, que, según Montaigne: «El que estando enojado impone un castigo, no corrige; se venga.»

Si te hacen algún beneficio, no lo olvides: agradécelo; pues, como decía Massica: «El agradecimiento es la memoria del corazón.»

Si, por tu desgracia, te domina un mal pensamiento, no lo dejes germinar y deséchalo, que «un mal pensamiento, es primero un transeunte; después, un huésped; luego, un amo.»

Antes de hablar, piensa en lo que vas á decir. «No hables nunca sino para decir algo, jamás para que se diga que has hablado,» dice Cormenin.

Si te asalta alguna duda, reflexiona, pero no hables. «Si dudas, calla,»—ha dicho Zoroastro;—y piensa que por algo decía Xenócrates: «Yo me he arrepentido muchas veces de haber hablado, jamás de haber callado.»

Es fácil creer; lo difícil es saber dudar. Volney lo ha dicho: «El saber dudar es el principio de la sabiduría.»

La originalidad es muchas veces un peligro. No pretendas diferenciarte de los demás. Vive entre ellos y sé como ellos. Ya lo aconseja el proverbio árabe: «Cuando pases por el país de los tuertos, cierra un ojo.»

Si te injurian, perdona. No te vengues jamás. «El único medio de borrar una injuria es olvidarla,» decía Solón; y, según Metastasio: «Usar de la venganza con el superior, es locura; con el igual, es peligroso; con el inferior, es vileza.»

Si en una discusión quieres vencer, pídele á Dios que se te ocurra una agudeza, pues como afirma Lordat: «Todos los argumentos se embotan en el escudo de un buen epigrama.»

Sé siempre cortés y respetuoso, pero no te humilles jamás ante los que tú creas grandes y poderosos; pues como dice Lustaneau: «Los grandes nos parecen grandes porque los miramos de rodillas: levantémonos!»

Trabaja sin fatiga, pero trabaja. El ocio

es mal compañero. «La ociosidad camina con tanta lentitud—ha dicho Franklin,—que todos los vicios la alcanzan.»

Lee y distráete, pero no leas nunca lo que pueda fatigar tu espíritu. «Una lectura amena, según Kant, es más útil para la salud que el ejercicio corporal.»

No dudes nunca del valor de los demás, pero piensa que, en muchos casos, el valor es hijo de la cobardía. El impulso nervioso suele sobreponerse al impulso de la voluntad. Galiani lo ha dicho: «El valor muchas veces no es más que el efecto de un grandísimo miedo.» En este caso, el valor es un fenómeno reflejo.

No trates á nadie con desprecio. El más humilde é insignificante merece nuestro respeto y consideración. «El sol sale para todos,» dice el adagio, y «por humilde que sea una cabaña, afirma Pitágoras, el sol la ve y esparce sobre ella uno de sus rayos.»

Si algún enemigo necesita de ti, protégele; que Lockman ha dicho «que el hombre que perdona á su enemigo haciéndole un beneficio, se parece al incienso que embalsama el fuego que le consume.»

Ama mucho á tus hijos y adora á tu madre. «La madre—dice Legouvé,—es el único Dios sin ateos en la tierra.»

Si estás enfermo, pídele al Señor que tu médico no sea polifármaco, pues alguien ha dicho que «las recetas son letras de cambio contra el enfermo á favor del boticario.»

Cuando un murmurador desee confiarte las malas acciones de un compañero, no le escuches: pues, según el proverbio persa: «El que te cuenta las faltas de otro, procura averiguar las tuyas.»

Si alguno, como yo, abusa de tu bondad obligándote á leer sus impertinencias, ármate de paciencia y de resignación, que la resignación es virtud cristiana y «la paciencia, según el proverbio árabe, es la llave de la felicidad.»

Que tu cariño y tu amistad disculpen mi falta. «Vivir sin amigos, no es vivir,» decía Cicerón.

¡Quiera Dios—digo yo—que esta *lata* te resulte vacía de sentido!

Piave, el gran físico, asegura que las *latas* cuando están *vacías* es cuando son menos *pesadas*.



En el Retiro

—¡Qué hermoso está el Retiro! Ven, hija mía.
Vamos por esta senda que está sombría.
La verdad, ¿no te encanta tanta hermosura?
¡Si ensancha los pulmones esta frescura!
Mira á aquel matrimonio. ¡Qué bien pensado!
En aquel rinconcito tan retirado,
lejos de los paseos y de la gente,
están los dos juntitos tan ricamente,
y en su amor se recrean, grande, infinito,

mientras sus niños juegan con el perrito.
El marido es muy guapo; la esposa es bella;
él tiene entre sus manos las manos de ella...
¡Mira como se miran! ¡Qué amartelados!
¡Esa sí que es la dicha de los casados!
¡Quiera Dios, si te casas, que tu marido...
—¡Ay, mamá! ¡Me parece que te has caído!
Esos dos, de seguro, son muy felices,
pero no están casados.
—¿Por qué lo dices?
—Pues ¿por qué he de decirlo? Porque reparo
en que él viste de luto y ella de claro.
—Anda, sigue, hija mía, sigue adelante.
Ella es cualquiera cosa, y él un tunante.
—¿No hablabas de frescura?
—¡Se necesita
tener mucha frescura para esa cita!
Y es que ciertas señoras, vistas de lejos,
parecen golondrinas ¡y son vencejos!





El cuento del abuelo

PERSONAJES

El Abuelo	Setenta años
Ventura	Trece »
Manolo.	Doce »
Juanito.	Seis »
Pepito.	Cinco »

ESCENA ÚNICA

Abuelo. ¡Vamos á ver! ¿Tenéis sueño?

JUANITO. ¡Quiá!
PEPITO. ¡No, señor!
MANOLO. ¡Qué tontuna!
Si es muy temprano, abuelito.
VENTURA. ¡Tempranísimo! Calcula
Que hasta las once lo menos...
ABUELO. ¿Tanto trasnocháis?
MANOLO. ¿Lo dudas?
VENTURA. ¡Es claro, á los lugareños
El trasnochar os asusta!
MANOLO. Ya te irás acostumbrando.
ABUELO. No lo creo. En Villaturbia
Me acuesto con las gallinas.
MANOLO. ¡Jesús! ¡Qué cosa tan sucia!
VENTURA. ¡Cómo te pondrás el cuerpo!...
ABUELO. ¿Qué dices?
VENTURA. ¡Lleno de plumas!
ABUELO. Chiquillos, si lo que digo
No es eso. ¡Cosa más chusca!
Digo que me acuesto siempre
Entre dos luces.
VENTURA. Yo á obscuras.
ABUELO. Vaya, no nos entendemos.
JUANITO. Si es que á esos tontos les gusta
Andar siempre con pullitas.
ABUELO. Bien, pues dejaos de pullas,
Y vamos á divertirnos.

Mientras que mamá se ocupa
En prepararme la alcoba
Y papá se va á esa junta,
Vamos nosotros los cinco
A formar nuestra tertulia.
¿A qué queréis que juguemos?

JUANITO. ¡Al toro!

ABUELO. Eso es de gentuza.

MANOLO. ¡A la pelota!

JUANITO. ¡Eso! ¡Eso!

ABUELO. No estáis buenos. ¡Qué locura!
¿A la pelota en la sala?
¡Se armaría buena bulla!
¡Qué dirían los vecinos!

MANOLO. ¡Que se aguanten!

VENTURA. ¡Que lo sufran!

ABUELO. ¡Pero, niños!

VENTURA. ¡Sí, señor!
¿No está esa chica feucha
Machacando en el piano
Desde las nueve á la una?

ABUELO. Esas cosas no se dicen.

VENTURA. Pero...

ABUELO. ¡Calla! ¡Malas pulgas!
¡A ver! Sentarse á mi lado.
¡Silencio! ¡Pepito, aúpa!
Tú aquí, sobre mis rodillas...

Hijo, por Dios, que me arrugas
La pechera... Quietecitos...
¡Atención y compostura!
Os voy á contar un cuento.

JUANITO. Sí, sí, abuelito.

VENTURA. ¿Es de brujas?

JUANITO. De lo que quiera.

VENTURA. De fijo
Será alguna paparrucha.

ABUELO. No, señor; va á ser un cuento
Muy bonito. Se titula:
La Princesita cristiana
Ó el moro de la laguna.

VENTURA. ¡Anda! ¡Vaya un titulito!

PEPITO. ¡Calla tonto!

JUANITO. No interrumpas.

ABUELO. Pues, señor, esto pasó
Hace muchos años.

VENTURA. ¡Nunca!
Porque si es cuento es mentira
Y no pasó en fecha alguna.

ABUELO. Mira, niño, tú te callas.

VENTURA. Pero...

MANOLO. Dice bien Ventura.

ABUELO. Y tú también, mequetrefe.

JUANITO. Se dan tono porque estudian.

PEPITO. Si son los más fastidiosos...

ABUELO. Pues, Señor, hubo en Asturias
En tiempo de Don Pelayo,
Una princesita rubia
Que cantaba como un ángel,
Con muchísima dulzura,
Y que tocaba el piano...
VENTURA. ¡Qué barbaridad!
MANOLO. ¡Mayúscula!
VENTURA. ¿Piano en aquella época?
ABUELO. Bueno, la lira ó la guzla,
Ó lo que fuere. Es lo cierto
Que sabía mucha música.
MANOLO. ¡Sí! ¡Tendría institutriz!
VENTURA. ¡Es claro! Ó sería alumna
Del Conservatorio.
ABUELO. ¡Niños!
¡A callar!
VENTURA. ¡Soy una tumba!
ABUELO. ¿Sigo ó no sigo?
MANOLO. Sí, abuelo.
VENTURA. Sigue, nadie te importuna.
ABUELO. Pues, señor, á la princesa,
Que era sobrina segunda
De Don Pelayo, por parte
De su esposa Doña Obdulia...
VENTURA. ¡Abuelito, eso no pasa!
MANOLO. Eso es falta de cultura.

VENTURA. Has dicho una atrocidad
Espantosa.
MANOLO. ¡Tremebunda!
VENTURA. La esposa de Don Pelayo
Fué Gaudiosa.
MANOLO. Esa es la única
Que tuvo. Lo que es de Historia
Andáis mal en Villaturbia.
ABUELO. ¡Vaya! Pues que me perdonen
Don Pelayo y la difunta,
Pues no he querido ofenderlos.
Y bien merezco disculpa.
VENTURA. Sigue.
ABUELO. Pues, señor, decía
Que aquella niña tan pura
La requería de amores
Un morito de alta alcurnia,
Que todas las noches iba
Con su jaique y su capucha
A escuchar los dulces cánticos
De la princesita rubia.
Y sucedió que una noche
Se vió á la luz de la luna,
Que el morito y la princesa
Se abrazaban con ternura.
Supo eso el rey Don Pelayo
Y se puso hecho una furia,

Y ocultándose una noche
De la torre en la penumbra,
Apenas empezó el moro
A trepar por las columnas,
Agarróle por las piernas
Diciéndole:—¡So granuja!
Y le pegó con tal ímpetu
Un puñetazo en la nuca,
Que el morito fué rodando
Al fondo de una laguna.
La princesa lanzó un grito
Presa de terrible angustia,
Y cayó muerta.

MANOLO. ¡Caramba!

VENTURA. ¡Esas cosas me espeluznan!

ABUELO. Desde aquella horrible fecha
Cuentan que en la noche oscura
En el fondo del barranco
Se oyen gemidos que asustan.
Y si alguien se acerca y grita:
«*¿Qué hay?*, en las rocas retumb
Un *¡ay!* prolongado y triste...
La voz del moro sin duda.

MANOLO. Abuelito, eso es el eco.

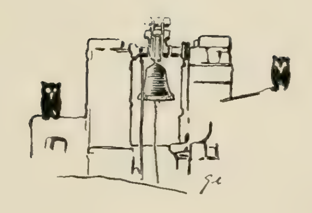
VENTURA. Un fenómeno de acústica.

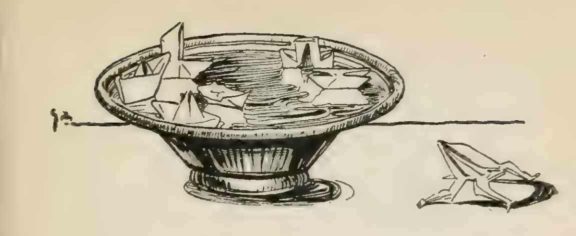
ABUELO. Lo será, pero es el caso
Que sobre la sepultura

De la princesa—donde hoy
Hay un cementerio,—muchas,
Pero muchísimas noches,
Según la gente asegura,
Se ve una luz misteriosa
Que en el aire se columpia...
¡Y aquella luz es el alma
De la princesita rubia!

MANOLO. No digas eso, abuelito.
VENTURA. No digas cosas absurdas.
MANOLO. Lo que ven son fuegos fatuos.
VENTURA. Son emanaciones pútridas.
MANOLO. Descomposiciones químicas.
VENTURA. Componentes que se juntan...
MANOLO. ¡Hidrógeno fosforado!
ABUELO. ¡Basta ya, que me aturrulla
Tanta ciencia! Si á vosotros
Estos cuentos os disgustan,
En cambio, estos dos pequeños
Con gran atención me escuchan
Mas ¿qué veo? ¡Están dormidos!
¡Ea! ¡Basta de tertulia!
(¡Me he lucido!)
MANOLO. Pero, abuelo...
ABUELO. ¡A la cama!
VENTURA. ¿Te enfurruñas?
MANOLO. ¿Habrá otro cuento mañana?

ABUELO. ¿Más cuentos? ¡No, criatura!
¡Que os los cuente la abuelita!
Yo me vuelvo á Villaturbia,
Que allí los nietos que tengo
De mis cuentos no se burlan...





Cantares marinos

Puedes decirle á tu madre,
si es que me *pone la proa*,
que yo no *viro en redondo*
sin soltar *la escandalosa*.

—

Conozco yo dos marinas
que valen más que la inglesa:
una *marina* de Abades
y la *Marina* de Arrieta.

—

Cuando salto á tierra,
¡adiós mis ahorros!
Pues á mí, lo mismito que al barco,
me *limpian los fondos*.



Bagatelas idiomáticas

¿Dices que Juan se pasea
sin rumbo fijo, al azar?
Pues dí que Juan *barzonea*,
y así logrará expresar
una palabra tu idea.

—

Nimio llama Don Vicente
á lo escaso, y creo yo
que es un error evidente,

porque *nimio* es todo lo
contrario precisamente.

—

Si un pobre se emborracha, sin empacho
dice la gente al verle:—¡Qué borracho!
¡Qué *pítima!* ¡Qué *curda!* ¡Es un beodo!
Pero si se emborracha un opulento
sólo dicen que estaba *temulento*,
¡que por algo hay palabras para todo!

—

¿*Repórter* llamas á Urbano
que es un simple noticiero?
Llámale *paradislero*
y hablarás en castellano.



Intimidades del teatro

Mi primera lectura

Lo que voy á referir ocurrió... el otro día: el año de 1874.

Cursaba yo el tercero de Medicina. Había publicado ya varias poesías en *El Garbanzo*, gracias á la benevolencia de mi inolvidable amigo Eusebio Blasco, el cual tuvo que advertir á los lectores que *Vital*

Aza no era un seudónimo: que *Vital* era el nombre y *Aza* el apellido de un joven estudiante.

Hay quien todavía no se ha convencido. Algunos me llaman *señor Vital*, como podrían decir *señor José* ó *señor Paco*, y no hace dos meses una señorita cubana, que me pedía una postal, me dirigía el sobre en esta forma: «Sr. D. Alberto Vitalaza.» ¿De dónde habrá sacado esa señorita que yo me llamo Alberto? Sin duda oyó hablar de mi estatura, y me confundió con Aguilera.

Mis poesías de *El Garbanzo* me habían proporcionado cierta popularidad entre los alumnos de San Carlos; pero para la gente de teatro era completamente desconocido.

Escribí por entonces mi primera obra: *Basta de matemáticas.* Se la leí á mi querido amigo Ramos Carrión, que era ya un autor muy aplaudido y respetado, y Miguel, aquella misma noche, con un interés y cariño que no he olvidado nunca, la recomendó personalmente á los empresarios de Variedades. Acordaron que al día siguiente iría yo á leer mi comedia á

Juan José Luján, que había de ser el protagonista.

Y aquí de mis apuros. Nada azora tanto como la lectura de la primera obra... y la de todas las siguientes.

Llegó el día señalado. Era el 9 de Enero de 1874. Hay fechas que no se olvidan nunca. A la hora convenida, las dos de la tarde, llegué á la puerta del teatro de Variedades con mi manuscrito, con la tarjeta de Ramos y... con un miedo que no me cabía en el cuerpo. Entré en el portal; atravesé un patio; subí una escalerilla; crucé un pasillo largo y obscuro, y luego otro más obscuro y más largo, y por fin, dándome encontrones contra las paredes, llegué al fondo del escenario, término de mi fatigosa jornada. Los cómicos que entraban y salían me miraban con extrañeza, y alguno dijo:

—¿Qué traerá por aquí ese tío tan largo?

Yo, á pesar del frío, sudaba la gota gorda; mi corazón palpitaba con violencia extraordinaria, y tentado estuve de desandar lo andado, de salir á la calle y de abandonar para siempre mis tentativas teatrales... Envuelto en la sombra y arrimado á

un bastidor, permanecí inmóvil yo no sé cuánto tiempo. Al fin se abrió una mampara, y un empleado se me acercó y me dijo:

—¿Qué desea usted?

—¿El señor Luján?—pregunté con timidez.

—Sí, señor; ahí está en el saloncillo. Pase usted.

Y pasé al saloncillo. Allí estaba Luján, el popularísimo Luján, sentado en un sillón, enfrente de una mesa, en la que se veían restos (no muchos) de un copioso almuerzo. Luján era gastrónomo. Tenía un plato predilecto: la longaniza frita; la compraba por varas.

La presencia de aquel actor, á quien yo tanto admiraba, y el temor de que mi obra no fuera de su agrado, me tenían en un estado de perplejidad que yo no podía dominar.

—Pase usted adelante y tome asiento—me dijo Juan José, notando mi turbación.

Y me senté cerca de la puerta.

—¿Usted gusta?

—No, señor; muchas gracias; acabo de almorzar.

Mentira. Aquel día sólo me había desayunado, temiendo que el almuerzo me hiciera daño con la impresión de la lectura.

—Usted dirá...

—Soy el recomendado del señor Ramos Carrión...

—¡Ah, sí! Ayer me habló Ramitos. (Entonces le llamaban *Ramitos;* hoy le llaman *don Miguel.)* ¿Trae usted la obra?

—Sí, señor — contesté desenvolviendo equivocadamente unos apuntes de Terapéutica que llevaba en el bolsillo.

—Mucho abulta eso...

—¡Ay!, usted dispense. Estos son unos apuntes. Yo soy estudiante, ¿sabe usted? La comedia es esta. Un juguete cómico. En un acto nada más, ¿sabe usted? Se titula *Basta de matemáticas.* Es lo primero que escribo para el teatro, ¿sabe usted?

—Ya sé, ya sé. Pero acérquese más y siéntese ahí enfrente, en esa silla.

—Sentiré molestarle... Veo que vengo en mala ocasión... Ya volveré otro día.

—¿Para qué? Ya he concluído de almorzar. Mientras tomo el café puede usted leerme la obra. ¿Estará en verso, eh?

—No, señor, en prosa.

—Lo siento.

—Si usted quiere la versificaré.

—No, no hace falta. Déjela usted en prosa. Pero al público le gusta más el verso, suena mejor, y se aprende con más facilidad. Los sainetes de Ricardo de la Vega me gustan por eso.

(—Por eso... y porque te los vendo á cuarenta duros—diría seguramente el ilustre sainetero).

—Empiece usted.

—Con su permiso beberé un poquito de agua. Tengo la boca seca. Debe de ser el calor.

—¿El calor en este tiempo?

—Es verdad, sí, señor. Está el día muy frío.

Y me callé, porque no se me ocurrían más que tonterías.

—Vamos, joven: empiece usted, que ya escucho.

Con voz débil y manos temblorosas comencé la lectura. ¡Qué angustia tan horrible! Ningún examen de asignatura me había producido efecto semejante. Leía atropelladamente, equivocándome á cada cuatro palabras... Cuando llegaba lo que yo



creía que era un chiste, bajaba la voz, temiendo que no le hiciera efecto... No me atrevía á mirarle á la cara, para no sorprender su disgusto... Y leía y leía, sin separar la vista del manuscrito, y ya iba á llegar á la que yo juzgaba la mejor situación cómica de la obra, cuando un fuerte ronquido me hizo levantar la cabeza.

¡Luján, el pletórico Luján, se había quedado profundamente dormido y roncaba como un bendito!

Y allí de mis dudas. ¿Qué hacer? ¿Seguir leyendo ó marcharme á la calle? Me decidí por el término medio. Cerré el ejemplar y resolví esperar á que mi *oyente* se despertara. Pasaban veinte minutos, media hora y nada. El sueño era cada vez más profundo, y los ronquidos más estrepitosos.

Por fin la Providencia, con delantal y servilleta al hombro, vino en mi ayuda.

El mozo de café entró á recoger el servicio, y al ruido de los platos y de las bandejas se despertó Juan José.

Restregóse los congestionados ojos y, desahogándose con un prolongado bostezo, me dijo, levantándose:

—Está bien. Déjeme usted la obra. Habrá que hacer algunos cortes.

Á mí, en aquel momento, no se me ocurrió más que un corte; pero no me atreví á hacerlo.

Salí á la calle desesperanzado y dudando de la influencia de *Ramitos;* pero, ¡oh, felicidad!, á los pocos días recibí citación para los ensayos, y al mes siguiente, el 7 de Febrero, se estrenaba *Basta de matemáticas*, con un éxito grandísimo, extraordinario... A la mitad de la representación y al final de un monólogo, que dijo el simpático Ruesga como los propios ángeles, sonó un aplauso cerrado, nutrido, estrepitoso...

Ruesga corrió á la caja de bastidores, y ayudado de los que estaban conmigo, y que me empujaron como un fardo, me sacó á escena á recibir personalmente la primera ovación de mi vida... ¡Qué aplausos aquellos! Parecía que se hundía el teatro!

Debo advertir ingenuamente, y como explicación de aquel éxito, que el teatro estaba lleno de estudiantes de Medicina, y ya se sabe lo que son los alumnos de San Carlos cuando se trata de jalear á un

compañero. Dígalo si no la ovación que algunos meses más tarde me hicieron en el estreno de *Aprobados y suspensos.* ¡Dios bendiga á aquellos jóvenes de entonces, ahora respetables padres de familia, y de los cuales muchos, por fortuna, son hoy gloria y orgullo de la Medicina española!

La obra se representó doce noches seguidas. Alcanzar la *doce representación* en aquella época significaba un gran éxito. Hoy hubiera parecido un fracaso.

El final de aquel maravilloso monólogo sólo se aplaudió en la primera representación. Mis compañeros de San Carlos no habían vuelto por el teatro.

Al mes y medio de este estreno le dije un día á Luján:

—Oiga usted, Juan José (ya le trataba con confianza): mañana le traeré á usted otra obrita.

—¿Otra? Vamos, pollo: veo que no se duerme usted sobre los laureles.

—No, señor; el que se duerme es usted.

Y Luján, tragando saliva cómicamente y abriendo aquellos ojazos edematosos—síntoma de la enfermedad que le ocasionó

la muerte,—me replicó, riéndose á carcajadas:

—Es la longaniza. Cuando se come longaniza no se puede oir la lectura de ninguna obra.

Y desde entonces, cuando voy á leerle una comedia á algún actor, me entero de si ha comido longaniza, porque como la haya comido, ¡no se la leo!





El perro fiel

Tenía don Facundo Borrajera,
vecino de San Juan de la Rivera,
un perro perdiguero,
que era su único amigo y compañero.
El perro le quería
como quieren los perros: ciegamente.
Y afirmaba la gente
que si el buen don Facundo se moría,

no tendría de fijo otro heredero
que su perro *Leal* el perdiguero.

Por causas que ninguno se ha explicado,
andaba don Facundo algo *chiflado*
(aunque más que un *chiflado*, era un demente).
Y un día en su paseo acostumbrado,
siempre de su *Leal* acompañado,
en la mitad del puente
—que por lo esbelto y elevado era
orgullo de San Juan de la Rivera,—
llegando de su mal al paroxismo,
saltó el pretil y se arrojó al abismo.
El perro que lo vió, nada rehacio,
saltó tras él y se lanzó al espacio,
llegando el pobrecillo
al fondo del barranco hecho un ovillo.

. . . .

Murió del batacazo don Facundo,
y quedó el pobre perro moribundo.

Un pastor que el rebaño apacentaba,
y que mudo de espanto y de tristeza
aquel doble suicidio presenciaba,
repuesto ya del susto, con presteza
corrió al pueblo á decir lo que pasaba.
Y al sitio del suceso acudió al punto
todo el pueblo, y el cura á la cabeza,
el cual, por los vecinos coreado,

rezó con gran fervor ante el difunto
el responso obligado,
exclamando después emocionado:
—¡Infeliz! ¡se arrojó desde esa altura!
¡Pobre señor! ¡Dios le haya perdonado!
Le mató su dolencia, su locura.
Tan sólo el que está loco á Dios no acata,
pues en plena razón, nadie se mata.
Mas ved aquí, hijos míos, un notable
ejemplo de cariño inimitable.
¡Ved del pobre *Leal* la triste suerte!
¡Él fué su compañero inseparable!
¡Fiel á su amo, le siguió en la muerte!
(Y dijo al fin, llorando como un niño):
—¡Eso es fidelidad! ¡eso es cariño!
¡Bien dicen que hay algunos animales
mejores que los seres racionales!...

El perro que le oía, tristemente,
abrió los ojos, y mirando al cura,
rompió á hablar, con asombro de la gente,
diciendo con hondísima amargura:
—Muchas gracias, señor. Yo le agradezco
sus frases de bondad, que no merezco.
Cierto que yo á mi amo le quería,
pues él, más que mi amo, era mi amigo.
Mas le aseguro á usted que no sabía
que el pobre estaba loco de remate.

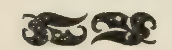
Créame que es verdad lo que le digo.
Si yo sé que está loco, no le sigo.
¡No fué fidelidad! ¡Qué disparate!
Yo cuerdo le juzgaba,
y salté sin temor, pues él saltaba.
Si yo llego á saber que hay esa altura,
¿qué he de saltar? ¡No salto, señor cura!





J. K.

Estas dos *letricas* son
las que saben pronunciar
con más alma en Aragón;
la *jota* para cantar
y *¡Ca!* para contestar
al que intente una invasión.





Postales

A una señorita argentina

Seas muy bien venida,
niña hechicera,
que en Buenos Aires viste
la luz primera.

¡Bendiga Dios tus gracias
y tus primores
y bendiga la tierra
que da esas flores!

—

Es tu acento *argentino*
dulce y süave
como los amorosos
trinos del ave,

—

y hay en tus ojos negros
fascinadores,
toda la poesía
de los amores.

—

¡Feliz el que al amarte
se mire en ellos
y reciba el influjo
de sus destellos!

—

No vuelvas á tu patria,
niña querida,

que tus ojos son soles
que dan la vida.

—

Y el día que nos dejes
sin esos soles,
nos quedamos á oscuras
los españoles.

A Soledad L.

Lejos del mundo exclamaba
un cenobita que oraba
con gran unción religiosa:
—¡Aquí lo mundano acaba!
¡Qué soledad tan hermosa!

—

Yo, al mirarte tan bonita
y al conocer tu bondad,
digo como el cenobita:
—¡Sea mil veces bendita
esta hermosa *Soledad!*

A Victoria H

No envidio de Roldanes y de Cides
la inmarcesible gloria.
Tan sólo envidio al que en amantes lides
alcance esta *Victoria.*

A...

¿Un pensamiento pides?
Voy al momento:
¡Dichoso aquel que ocupe
tu *pensamiento!*

A la señora de G...

Permita Vd., señora, que no le diga
lo que siempre decimos en las postales:
cuatro frases vacías, cuatro lisonjas,
tonterías rimadas ó necedades.
A Vd. le basta sólo con un piropo
y de fijo no hay otro que más le agrade:
«¡Tiene Vd. dos chiquillos encantadores!»
¿Dónde hay mejor piropo para una madre?

A Matilde de R...

Matilde, pídele humilde
á Dios, que, al unirte á un hombre,
no halle en ti nunca más tilde
que la *tilde* de tu nombre.

A Carmen S...

Carmen, por tu hermoso nombre,
te complaceré al instante;
que así se llama mi hija
y así se llamó mi madre.

A Rosa P...

¡Dichoso, Rosa preciosa,
el que en amantes empeños,
pensando en ti tenga sueños...
sueños de *color de rosa.*

A María A..

¿Mi firma tener quieres?

Voy á estamparla.
Más haces tú en pedirla
que yo en negarla.

A Aurora C...

¡Que seas en tu *ocaso*, bella *Aurora*,
tan feliz, por lo menos, como ahora!

A la niña Pepita M...

Al verte, Pepita hermosa,
todos dicen por ahí:
—Cuando el *capullo* es así,
¿qué será luego la *rosa?*

A Petra A... (sordo-muda)

No sientas por no hablar, penas y enojos,
que Dios, en cambio, te otorgó el talento
de que, al enmudecer tus labios rojos,
nos puedas expresar tu pensamiento
con el dulce lenguaje de tus ojos.

A la hija del poeta Arturo Reyes

Para decirte, Carmen, cualquiera cosa, que yo no te conozca lo mismo da; pues siendo tú quien eres, serás hermosa, como todas las obras de tu papá. Dedicarte unos versos, fuera osadía. En prosa vil te escribo. ¡Cómo ha de ser! Anidando en tu casa la poesía, debo, ante sus umbrales, enmudecer.

A una señorita cubana

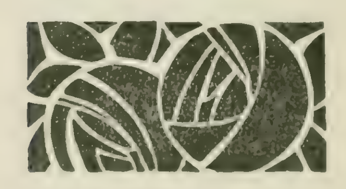
¡Dichosas estas líneas
que van á verte!
¡Quién pudiera ir con ellas
á conocerte!

A la notable arpista Gloria Keller

Tu padrino al bautizarte
bien supo qué nombre darte.
No fué su idea ilusoria.
Él dijo: «¡Llámese Gloria!»
¡Y hoy eres gloria del Arte!

A la insigne escritora Blanca de los Ríos

¿Pero es posible ¡oh Blanca de los Ríos!
que Vd., una escritora tan notable,
sufra la *tarjetitis infecciosa*
de la invasora enfermedad reinante?
¿También Vd, insigne novelista,
Cayó en la tentación de las postales?
¡Dios la saque con bien de su dolencia
y le perdone el daño que nos hace!
Cuando una niña *cursi*,—y hoy abundan—
pide versitos, la respuesta es fácil;
pero irle á Vd. con versos, mandar fuera
hierro á Bilbao y mantequilla á Flandes.



*
* *

El autor dramático es el único hombre responsable de sus *actos.*

—

En la clase de Historia:

El Profesor.—Diga Vd., Sr. Pérez.

(Pérez es un estudiante que se pasa la vida en los billares).

—Mándeme Vd.

—¿Cuántas carabelas llevó Colón en su primer viaje á América?

—Varias.

—Perfectamente. ¿Y qué nombres tenían?

—Pues una se llamaba la *Pinta.*

—Muy bien.

—Otra la *Blanca.*

—¡Sí! ¡Y otra el *Mingo!* Usted ha confundido las carabelas con las carambolas.

—

—Hijo, ¡por Dios! Ten más ortografía *Hoy* se escribe con H.

—¿Sí? ¿Y cómo se escribe *ayer?*

—Sin ella.

—Pues no sé por qué ha de haber esa diferencia de un día á otro.

—

—¿Llaman? De fijo es alguno
que viene á pedirte cuentas.
—¿A pedirlas? ¡No, señor!
¡Si acaso vendrá á traerla

—

Amantes que siempre sean
él constante y ella fiel,
no son cosas que se vean
con frecuencia ¡ni en Teruel!





Brindis

En el banquete celebrado en Mieres, en honor del insigne Altamira, con motivo de su viaje á América, y de los sabios catedráticos de la Universidad de Oviedo señores Canella y Sela.

Sabios que aquí me escucháis,
maestros de la elocuencia,
que con tal ardor lucháis
y de pueblo en pueblo vais
difundiendo vuestra ciencia;
viajantes de la cultura
que á las gentes ofrecéis

vuestra mercancía pura,
—¡infelices!—lo que hacéis
me parece una locura.
  Trabajando sin cesar
os dedicáis á enseñar.
¿Mas eso qué os vale? ¡Nada!
Pues ¡buen pelo vais á echar
al final de la jornada!
  El mundo con su cinismo
se ríe de vuestro altruísmo...
No os hagáis ilusiones,
y bajad de las regiones
de vuestro loco idealismo.
  Pues si en vosotros pensáis
y algo práctico buscáis,
dejad la Ciencia y el Arte.
Si no *politiqueáis*
no vais á ninguna parte.
  Aquí para hacer carrera
sólo el Parlamento es
la más segura trinchera.
Primero, un acta, y después...
¡que venga lo que Dios quiera!
  ¿El aula solo? ¡Jamás!
Acabaréis como todos.
Que enseñando á los demás
Solo enseñaréis.. los codos,

¡si no enseñáis algo más!

. . . .

Hablando en serio, os diré
que este pueblo bien merece
vuestro aliento y vuestra fe,
y aquí, en este acto, se ve
lo mucho que os lo agradece.

Y tú, sabio profesor,
que vas con tu ciencia sola
á América, sin temor,
que eres digno portador
de la cultura española,

lleva á esa tierra querida
el abrazo amante y puro
de esta madre dolorida,
que viendo su fin seguro,
busca ansiosa nueva vida.

Y si en tiempos anteriores
mandamos conquistadores
que los supieron vencer,
y allí se hicieron señores
por su fuerza y su poder,

hoy mandamos, sin temor
de lucha ni de violencia,
un nuevo conquistador,
sin más armas que la ciencia,
sin más fuerza que el amor.

ÍNDICE

ESTA OBRA
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA EN
LA TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES
EL DÍA 5 DE AGOSTO
DE 1909

vir de alimento á éstos. Así desaparecerá el hombre de la superficie de la tierra.

He aquí lo que ha dado pie al incógnito autor de **Elois y Morlocks** para tejer su preciosísima novela.

Como se ve, la novela **Elois y Morlocks** es una verdadera concepción genial. Apoyándose en los sólidos fundamentes de la naturaleza humana, pónese vigorosamente de relieve en ella el verdadero porvenir de la humanidad. No hay hipótesis materialista que pueda resistir al ímpetu arrollador de la naturaleza puesta en presencia de su legítimo destino. Esta sencilla *regeneración* humana presta singular encanto á la novela, repleta toda ella de asombrosas revelaciones, de incidentes originalísimos, de inventos prodigiosos, y sobre todo, de ese dificilísimo sentido de la realidad que le da un valor incalculable y un interés siempre en aumento, hasta el felicísimo y consolador desenlace.

En rústica, con preciosa cubierta á tres tintas y dibujo alegórico. . . . . **Ptas. 6.—**
En tela inglesa superior, con plancha en colores.. . . . . » **8.—**

Á TRAVÉS DEL ISTMO DE PANAMÁ. Escenas é impresiones de viaje, con la descripción ilustrada del nuevo proyecto y obras del GRAN CANAL INTEROCEANICO, por P. J. Mateos, ilustrada con hermosos grabados y un mapa que contiene el perfil longitudinal y vistas panorámicas de la zona istmeña.—Un tomo en 8.º

Serie de cuadros que, á manera de proyecciones de cinematógrafo, dan la visión animada y pintoresca de la región donde en la actualidad se lleva á cabo la apertura de la nueva vía marítima destinada á establecer la comunicación entre los dos grandes Océanos.

En rústica, con elegante y artística cubierta en colores. . . . . **Ptas. 3.—**

LEYENDAS, por el P. Tomás Argüelles, S. J. Contiene: *Angela ó la heroína de Tzintzuntzán.—De marino á obispo.—La fe de una madre.—Clotilde de Montanor.* —Un tomo en 8.º

Estas *leyendas*, con fondo histórico todas ellas, pero embellecidas con las galas y ornamentos de rica fantasía, excitan poderosamente el interés y ofrecen provechosa lección moral acompañada de honda y duradera emoción estética.

En tela inglesa . . . . **Ptas. 2.—**

SEMBLANZAS POLÍTICAS DEL SIGLO XIX, por Alfredo Opisso.—Un volumen en 8.º de 344

páginas.—Comprende este volumen las semblanzas siguientes: Espartero, Narváez, O' Donnell, Olózaga, Donoso Cortés, Pastor Díaz, Bravo Murillo, El Bienio, Dulce, Ríos Rosas, Posada Herrera, Rivero, Aparisi y Guijarro, Nocedal, El ministerio Miraflores, Calvo Asensio, González Brabo, Prim, Figueras, Manterola, Valera, Campoamor y Castelar.

Precio de la obra: En rústica. . . . . Pesetas 3
Ricamente encuadernada en tela. . . . » 4

LA TÓRTOLA HERIDA-Novela, por Modesto Hernández Villaescusa.—Un volumen en 8.°

En rústica. . . . . Ptas. 2.—
Encuadernado. . . . . » 3.—

LAS TRES VÍRGENES NEGRAS, por Fl. Bonhours, traducción y adiciones del *R. P. Julián Rodrigo*, Director del Colegio de PP. Agustinos de Ronda (Málaga).—Un tomo en 8.°, de cerca de 300 páginas.

En rústica.. . . . . Ptas. 1'50
En tela inglesa. . . . . » 2.—

LA NOVELA DE UN JESUÍTA, por G. de Beugny d'Agerue, versión de *D. Manuel G. Barzanallana y Saligué.*—Magnífico tomo en 8.° mayor.

En rústica cubierta en colores. . . . . Ptas. 2'50
Encuadernado en tela inglesa, plancha en colores. . . . . » 3'50

QUO VADIS, por Enrique Sienkiewicz; traducción de *Bartolomé Amengual*, precedida de una Carta-prólogo del *Emmo. Sr. Cardenal Spínola*, Arzobispo que fué de Sevilla, y adornado con un grabado.—Un tomo en 8.°

En rústica.. . . . . Ptas. 2.—
Encuadernado en tela inglesa, plancha en oro. . . . . » 3.—
Quedan unos pocos ejemplares de lujo, y rica encuadernación en tela, cortes dorados. . . . Ptas. 5.—

PEDRO JUAN Y JUAN ANTONIO-Novela social, por Modesto Hernández Villaescusa.—Un volumen en 8.°

En rústica. . . . . Ptas. 1.—
Encuadernado. . . . . » 2.—

ESTÉTICA Y CRÍTICA MUSICAL, por Fray Eustaquio de Uriarte, Agustino del Real Monasterio del Escorial. Con la biografía del autor por el *P. Fr. Luis*

Villalba, de la misma Orden.—Un voluminoso tomo en 4.°

En rústica. . . . . Ptas. 5'50
En tela inglesa, cubierta en color y oro. » 7.—

ROSA DEL VALLE-Novela, por Modesto Hernández Villaescusa.—Un volumen en 8.°, de abundantísima lectura.

En rústica. . . . . Ptas. 2.—
Encuadernado. . . . . » 3.—

ESTUDIOS LITERARIOS, por el P. Restituto del Valle Ruíz, Agustino del Real Monasterio del Escorial. Prólogo de *D. Juan Alcover*. Magnífico tomo en 8.° mayor.

En rústica. . . . . Ptas. 3.—
Encuadernado en tela inglesa, rótulos en oro.. . . . . Ptas. 4.—

JURAR EN VANO-Novela, por Modesto Hernández Villaescusa.—Un volumen en 8.°

En rústica. . . . . Ptas. 2.—
Encuadernado. . . . . » 3.—

HISTORIA DE ESPAÑA, por Rafael Altamira y Crevea, Catedrático de la Universidad de Oviedo, C. de la R. A. de la Historia, de la Sociedad Geográfica de Lisboa y del Instituto de Coimbra.

Obra que consta de 4 magníficos volúmenes en 8.° mayor, ilustrados con infinidad de interesantes fotograbados é impresos con extrema pulcritud.

Cada tomo en rústica.. . . . . Ptas. 6.—
Encuadernado en tela inglesa. . . . . » 7.—

LA VENGANZA DE UN ÁNGEL-Novela, por Modesto Hernández Villaescusa.—Un volumen en 8.°

Encuadernado. . . . . Ptas. 3.—

DE LA BIBLIOTECA DE

Manuales enciclopédicos Gili

ELEMENTOS DE LITERATURA PRECEPTIVA, precedidos de unas nociones de Estética, (4.ª edición). Obra declarada de texto en varios Institutos y Colegios de España y América, por el Dr. D. Manuel Pereña y Puente, abogado del ilustre Colegio de Lérida. —Un volumen de 140 páginas. Cartoné.. . **Ptas. 1'50**

